

516  
CIÓ  
06

*Yarrow, J. E. Neg array*

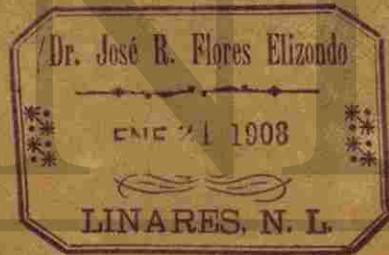
*El gram caaleoto*

PQ65  
.G7  
1906

*RE*



EL GRAN GALEOTO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas.	86205
Núm. Autor	5189
Núm. Adq.	32788
Procedencia	
Precio	
Fecha	
Clasificó	
Catalogó	629

# EL GRAN GALEOTO

DRAMA

en tres actos y en verso

PRECEDIDO DE UN DIÁLOGO EN PROSA

POR

JOSÉ ECHEGARAY

Representado por primera vez en el TEATRO ESPAÑOL la  
noche del 19 de Marzo de 1881



ACERVO DE LITERATURA

VIGESIMASEPTIMA EDICIÓN



113740

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
1910. 1025 MONTERREY, MEXICO

G. VELASCO, IMP., MASQUES DE SANTA ANA, 11, D.F.

Teléfono número 561

1906

32788

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

PQ 65 16

.67

1906



## A todo el mundo

dedico este drama, por que á la buena voluntad de todos, y no á méritos míos, debo el éxito alcanzado.

A todos, sí: al público, que con profundo instinto y alto sentido moral, comprendió desde el primer momento la idea de mi obra, y la tomó cariñosamente bajo su protección; á la prensa, que tan noble y generosa se ha mostrado conmigo y que me ha dado pruebas de simpatía que jamás olvidaré; á los actores, que ya con inmenso talento y altísima inspiración, ya con exquisita delicadeza y profundo sentimiento, unas veces con honrada y magnífica energía, otras con acentos cómicos dignos de los grandes maestros del arte de la declamación, y siempre con la discreción y el tacto más perfectos, cuando había peligros que evitar, han dado vida en la escena á los personajes de mi obra.

A todos debo y á todos doy en estas desaliñadas frases prueba humilde, pero sincera de mi profunda gratitud.

José Echegaray.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

862  
E.



### REPARTO

#### PERSONAJES

TEODORA, esposa de.....  
 DON JULIÁN.....  
 DOÑA MERCEDES, esposa de.  
 DON SEVERO, padres de.....  
 PEPITO.....  
 ERNESTO.....  
 UNO DE LOS TESTIGOS.....  
 UN CRIADO.....  
 OTRO.....

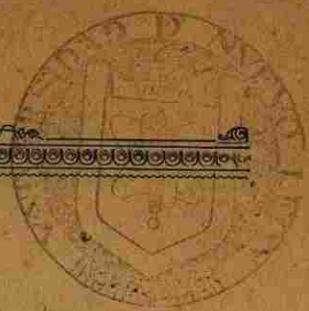
#### ACTORES

SETA. MENDOZA.  
 SR. JIMÉNEZ.  
 SRA. CALDERÓN.  
 SE. VALENTÍN.  
 DON RICARDO CALVO.  
 RAFAEL CALVO.  
 JOSÉ CALVO.  
 FERNANDO CALVO.  
 SR. PARÍS.

Época moderna: año 18...; la escena en Madrid

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MADRID  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

CA 5082



BIBLIOTECA

## EL GRAN GALEOTO

### DIÁLOGO

La escena representa un gabinete de estudio. A la izquierda, un balcón; á la derecha una puerta; casi en el centro, una mesa con papeles, libros y un quinqué encendido: hacia la derecha, un sofá. Es de noche.

### ESCENA PRIMERA

ERNESTO sentado á la mesa y como preparándose á escribir

¡Nada!... ¡Imposible! Esto es luchar con lo imposible. La idea está aquí; ¡bajo mi ardorosa frente se agita! ¡Yo la siento! A veces luz interna la ilumina, y la veo. La veo con su forma flotante, con sus vagos contornos, y de repente suenan en sus ocultos senos voces que la animan, gritos de dolor, amorosos suspiros, carcajadas sardónicas... ¡todo un mundo de pasiones que viven y luchan!... ¡Y fuera de mí se lanzan, y á mi alrededor se extienden, y los aires llenan! Entonces, entonces me digo á mí mismo: «Este es el instante», y tomo la pluma, y con la mirada fija en el espacio, con el oído atento, conteniendo los latidos del corazón, sobre el pa-



pel me inclino... Pero, ¡ah, sarcasmo de la impotencial... ¡Los contornos se borran, la visión se desvanece, gritos y suspiros se extinguen... y la nada, la nada me rodea!... ¡La monotonía del espacio vacío, del pensamiento inerte, del cansancio soñoliento! Más que todo eso: la monotonía de una pluma inmóvil y de un papel sin vida, sin la vida de la idea. ¡Ah!... ¡Cuántas formas tiene la nada, y cómo se burla, negra y silenciosa, de creadores de mi estofa! Muchas, muchas formas: lienzos sin colores, pedazos de mármol sin contornos, ruidos confusos de caóticas vibraciones; pero ninguna más irritante, más insolente, más ruin que esta pluma miserable (tirándola.) y que esta hoja en blanco. ¡Ah!... ¡No puedo llenarte, pero puedo destruirte, cómplice vil de mis ambiciones y de mi eterna humillación! Así... así... más pequeños... aún más pequeños... (Rompiendo el papel. Pausa.) ¿Y qué? La fortuna es que nadie me ha visto, que, por lo demás, estos furros son ridículos y son injustos. No... pues yo no cedo. Pensaré más, más... hasta vencer ó hasta estrellarme. No, yo nunca me doy por vencido. A ver... á ver si de este modo...

## ESCENA II

ERNESTO y DON JULIÁN. Este por la derecha, de frac y con el abrigo al brazo

JULIÁN (Asomándose á la puerta, pero sin entrar.) Hola, Ernesto.  
 ERN. ¡Don Julián!  
 JULIÁN ¿Trabajando aún?... ¿Estorbo?...  
 ERN. (Levantándose.) ¡Estorbar!... ¡Por Dios, don Julián!... Entre usted, entre usted. ¿Y Teodora? (Don Julián entra.)  
 JULIÁN Del Teatro Real venimos. Subió ella con mis

hermanos al tercero á ver no sé qué compras de Mercedes, y yo me encaminaba hacia mi cuarto cuando ví luz en el tuyo y me asomé á darte las buenas noches.  
 ERN. ¿Mucha gente?  
 JULIÁN Mucha: como siempre; y todos los amigos me preguntaron por tí. Extrañaban que no hubieses ido.  
 ERN. ¡Oh!... ¡Qué interés!  
 JULIÁN Para el que tú mereces, aún es poco. Y tú, ¿has aprovechado estas tres horas de soledad y de inspiración?  
 ERN. De soledad, sí; de inspiración, no. No vino á mí, aunque rendido y enamorado la llamaba.  
 JULIÁN ¿Faltó á la cita?  
 ERN. Y no por vez primera. Pero si nada hice de provecho, hice en cambio un provechoso descubrimiento.  
 JULIÁN ¿Cuál?  
 ERN. Este: que soy un pobre diablo.  
 JULIÁN ¡Diablo! Pues me parece descubrimiento famoso.  
 ERN. Ni más ni menos.  
 JULIÁN ¿Y por qué tal enojo contigo mismo? ¿No sale acaso el drama que me anunciaste el otro día?  
 ERN. ¿Qué ha de salir! Quien sale de quicio soy yo.  
 JULIÁN ¿Y en qué consiste ese desaire que juntos hacen la inspiración y el drama á mi buen Ernesto?  
 ERN. Consiste en que, al imaginarlo, yo creí que la idea del drama era fecunda, y al darle forma, y al vestirla con el ropaje propio de la escena, resulta una cosa extraña, difícil, antidramática, imposible.  
 JULIÁN Pero, ¿en qué consiste lo imposible del caso? Vamos, dime algo, que ya voy entrando en curiosidad. (Sentándose en el sofá.)  
 ERN. Figúrese usted que el principal personaje, el que crea el drama, el que lo desarrolla, el que lo anima, el que provoca la catástrofe,

el que la devora y la goza no puede salir á escena.

JULIÁN ¿Tan feo es? ¿Tan repugnante ó tan malo?  
ERN. No es eso. Feo, como cualquiera, como usted ó como yo. Malo, tampoco: ni malo ni bueno. Repugnante, no en verdad: no soy tan escéptico, ni tan misántropo, ni tan desengañado de la vida esto, que tal cosa afirmo ó que tamaña injusticia cometa.

JULIÁN Pues entonces, ¿cuál es la causa?  
ERN. Don Julián, la causa es que el personaje de que se trata no cabría materialmente en el escenario.

JULIÁN ¡Virgen Santísima, y qué cosas dices! Es drama mitológico por ventura y aparecen los titanes?

ERN. Titanes son; pero á la moderna.

JULIÁN ¿En suma?

ERN. En suma, ese personaje es... *todo el mundo*, que es una buena suma.

JULIÁN ¡*Todo el mundo!* Pues tienes razón, ¡todo el mundo no cabe en el teatro! He ahí una verdad indiscutible y muchas veces demostrada.

ERN. Pues ya ve usted como yo estaba en lo cierto.

JULIÁN No completamente. *Todo el mundo* puede condensarse en unos cuantos tipos ó caracteres. Yo no entiendo de esas materias, pero tengo oído que esto han hecho los maestros más de una vez.

ERN. Si; pero en mi caso, es decir, en mi drama no puede hacerse.

JULIÁN ¿Por qué?

ERN. Por muchas razones que fuera largo el explicar, y sobre todo á estas horas.

JULIÁN No importa vengan algunas de ellas.

ERN. Mire usted, cada individuo de esa masa total, cada cabeza de ese monstruo de cien mil cabezas, de ese titán del siglo, que yo llamo *todo el mundo*, toma parte en mi drama un instante brevísimo, pronuncia una palabra no más, dirige una sola mirada, quizá

toda su acción en la fábula es una sonrisa: aparece un punto negro y se aleja, obra sin pasión, sin saña, sin maldad, indiferente y distraído, por distracción muchas veces.

¿Y qué?

JULIÁN  
ERN.

Que de esas palabras sueltas, de esas miradas fugaces, de esas sonrisas indiferentes, de esas pequeñas murmuraciones y de esas pequeñas maldades; de todos esos que pudiéramos llamar rayos insignificantes de luz dramática, condensados en un foco y en una familia, resulta el incendio y la explosión, la lucha y las víctimas. Si yo represento la totalidad de las gentes por unos cuantos tipos ó personajes simbólicos, tengo que poner en cada uno lo que realmente está disperso en muchos, y resulta falseado el pensamiento; unos cuantos tipos en escena, repulsivos por malvados, inverosímiles porque su maldad no tiene objeto; y resulta además el peligro de que se crea que yo trato de pintar una sociedad infame, corrompida y cruel, cuando yo sólo pretendo demostrar que ni aun las acciones más insignificantes son insignificantes ni perdidas para el bien ó para el mal, porque sumadas por misteriosas influencias de la vida moderna, pueden llegar á producir inmensos efectos.

JULIÁN Mira, no sigas, no sigas: todo eso es muy metafísico. Algo vislumbro, pero al través de muchas nubes. En fin, tú entiendes de estas cosas más que yo: si se tratase de giros, cambios, letras y descuentos, otra cosa sería.

ERN. ¡Oh, no: usted tiene buen sentido, que es lo principal!

JULIÁN Gracias, Ernesto, eres muy amable.

ERN. ¿Pero está usted convencido?

JULIÁN No lo estoy. Debe haber manera de salvar ese inconveniente.

ERN. ¡Si fuera eso solol

JULIÁN ¿Hay más?

ERN. Ya lo creo. Dígame usted, ¿cuál es el resorte dramático por excelencia?

JULIÁN. Hombre, yo no sé a punto fijo qué es eso que tú llamas *resorte dramático*; pero yo lo que te digo es que no me divierto en los dramas en que no hay amores, sobre todo, amores desgraciados, que para amores felices tengo bastante con el de mi casa y con mi Teodora.

ERN. Bueno, magnífico; pues en mi drama, casi, casi no puede haber amores.

JULIÁN. Malo, pésimo, digo yo. Oye, no sé lo que es un drama, pero sospecho que no va a interesar a nadie.

ERN. Ya se lo dije yo a usted. Sin embargo, amores pueden ponerse y hasta celos.

JULIÁN. Pues con eso, con una intriga interesante y bien desarrollada, con alguna situación de efecto...

ERN. No, señor; eso sí que no: todo ha de ser sencillo, corriente, casi vulgar... como que el drama no puede brotar a lo exterior. El drama va por dentro de los personajes: avanza lentamente; se apodera hoy de un pensamiento, mañana de un latido del corazón: mina la voluntad poco a poco.

JULIÁN. ¿Pero todo eso en qué se conoce? Esos estragos interiores, ¿qué manifestación tienen? ¿quién se los cuenta al espectador? ¿dónde los ve? Hemos de estar toda la noche a caza de una mirada, de un suspiro, de un gesto, de una frase suelta. ¡Pero, hijo, eso no es divertirse! ¡para meterse en tales profundidades se estudia filosofal!

ERN. Nada: repite usted como un eco todo lo que yo estoy pensando.

JULIÁN. No; yo tampoco quiero desanimarte. Tú sabrás lo que haces. Y... ¡vaya!... aunque el drama sea un poco pálido, parezca pesado y no interese... con tal que luego venga la catástrofe con bríos... y que la explosión... ¿eh?

ERN. ¡Catástrofe... explosión!... casi casi, cuando cae el telón.

JULIÁN. ¿Es decir, que el drama empieza cuando el drama acaba?

ERN. Estoy por decir que sí; aunque ya procuraré ponerle un poquito de calor.

JULIÁN. Mira, lo que has de hacer es escribir *ese segundo drama*, ese que empieza cuando acaba el primero; porque el primero, según tus noticias no vale la pena y ha de darte muchas.

ERN. De eso estaba yo convencido.

JULIÁN. Y ahora lo estamos los dos; tal maña te has dado, y tal es la fuerza de tu lógica. ¿Y qué título tiene?

ERN. ¡Título!... Pues esa es otra... Que no puede tener título.

JULIÁN. ¿Qué?... ¿Qué dices?... ¡Tampoco!...

ERN. No, señor; a no ser que lo pusiéramos en griego para mayor claridad, como dice don Hermógenes.

JULIÁN. Vamos, Ernesto; tú estabas durmiendo cuando llegué; soñabas desatinos y me cuentas tus sueños.

ERN. ¿Soñando?... sí. ¿Desatinos?... tal vez. Y sueños y desatinos cuento. Usted tiene buen sentido y en todo acierta.

JULIÁN. Es que para acertar en este caso no se necesita gran penetración. Un drama en que el principal personaje no sale; en que casi no hay amores; en que no sucede nada que no sucede todos los días; que empieza al caer el telón en el último acto, y que no tiene título, yo no sé cómo puede escribirse, ni cómo puede representarse, ni cómo ha de haber quien lo oiga, ni cómo es drama.

ERN. ¡Ah!... Pues drama es. Todo consiste en darle forma, y en que yo no sé dársela.

JULIÁN. ¿Quieres seguir mi consejo?

ERN. ¿Su consejo de usted?... ¿De usted mi amigo, mi protector, mi segundo padre? ¡Ah!... ¡Don Julián!...

JULIÁN. Vamos, vamos, Ernesto, no hagamos aquí

un drama sentimental á falta del tuyo, que hemos declarado imposible. Te preguntaba si quieres seguir mi consejo.

ERN.  
JULIÁN

Y yo decía que sí.  
Pues déjate de dramas, acuéstate, descansa, vente á cazar conmigo mañana, mata unas cuantas perdices, con lo cual te excusas de matar un par de personajes de tu obra, y quizá de que el público haga contigo otro tanto, y á fin de cuentas tú me darás las gracias.

ERN.  
JULIÁN

Eso sí que no será. El drama lo escribiré.  
Pero, desdichado, tú lo concebiste en pecado mortal.

ERN.

No sé cómo; pero lo concebí. Lo siento en mi cerebro; en él se agita; pide vida en el mundo exterior, y he de dársela.

JULIÁN

Pero, ¿no puedes buscar otro argumento?

ERN.

Pero, ¿y esta idea?

JULIÁN

Mándala al diablo.

ERN.

¡Ah, don Julián! ¿Usted cree que una idea que se ha aferrado aquí dentro se deja anular y destruir porque así nos plazca? Yo quisiera pensar en otro drama, pero éste, este maldito de la cuestión, no le dejará sitio hasta que no brote al mundo.

JULIÁN

Pues nada... que Dios te dé feliz alumbramiento.

ERN.

Ahí está el problema, como dice Hamlet.

JULIÁN

¿Y no podrías echarlo á la inclusa literaria de las obras anónimas? (En voz baja y con misterio cómico.)

ERN.

¡Ah, don Julián! Yo soy hombre de conciencia. Mis hijos, buenos ó malos, son legítimos, llevarán mi nombre.

JULIÁN

(Preparándose á salir.) No digo más. Lo que ha de ser está escrito.

ERN.

Eso quisiera yo. No está escrito, por desgracia; pero no importa, si yo no lo escribo, otro lo escribirá.

JULIÁN

Pues á la obra, y buena suerte, y que nadie te tome la delantera.

## ESCENA III

ERNESTO, DON JULIÁN y TEODORA

TEOD.

(Desde fuera) ¡Julián!... ¡Julián!...

JULIÁN

Es Teodora.

TEOD.

¿Estás aquí, Julian?

JULIÁN

(Asomándose á la puerta.) Sí; aquí estoy: entra.

TEOD.

(Entrando.) Buenas noches, Ernesto.

ERN.

Buenas noches, Teodora. ¿Cantaron bien?

TEOD.

Como siempre. Y usted, ¿ha trabajado mucho?

ERN.

Como siempre: nada.

TEOD.

Pues para eso mejor le hubiera sido acompañarnos. Todas mis amigas me han preguntado por usted.

ERN.

Está visto que *todo el mundo* se interesa por mí.

JULIÁN

¡Ya lo creo!... Como que de *todo el mundo* vas á hacer el principal personaje de tu drama. Figúrate si les interesará tenerte por amigo.

TEOD.

(Con curiosidad.) ¿Un drama?

JULIÁN

¡Silencio!... Es un misterio... no preguntes nada. Ni título, ni personajes, ni acción, ni catástrofe... ¡lo sublime! Buenas noches, Ernesto. Vamos, Teodora.

ERN.

Adiós, don Julián.

TEOD.

Hasta mañana.

ERN.

Buenas noches.

TEOD.

(A don Julián.) ¡Qué preocupada estaba Mercedes!

JULIÁN

Y Severo hecho una furia.

TEOD.

¿Por qué sería?

JULIÁN

¡Qué sé yo! En cambio, Pepito, alegre por ambos.

TEOD.

Ese siempre. Y hablando mal de todos.

JULIÁN

Personaje para el drama de Ernesto. (salen Teodora y don Julián por lo derecha.)

## ESCENA IV

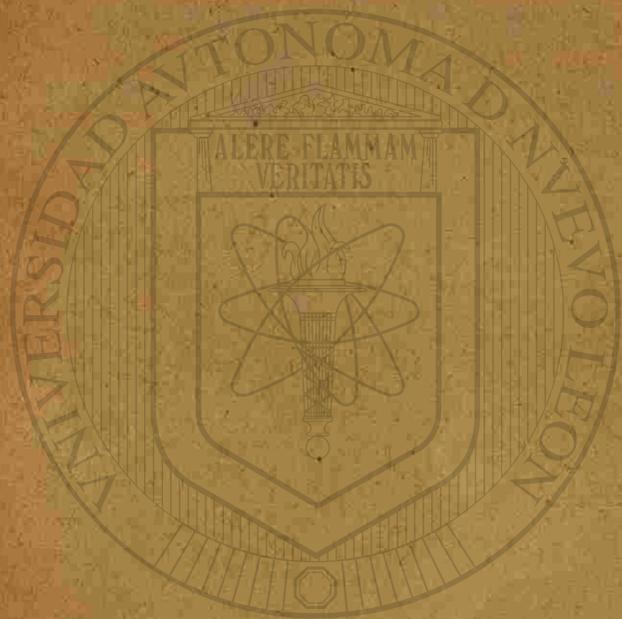
ERNESTO

Diga lo que quiera don Julián, yo no abandono mi empresa. Fuera insigne cobardía. No, no retrocedo... Adelante. (Se levanta y se pasea agitadamente. Después se acerca al balcón.) Noche protégeme, que en tu negrura, mejor que en el manto azul del día, se dibujan los contornos luminosos de la inspiración. Alzad vuestros techos, casas mil de la heroica villa, que por un poeta en necesidad suma no habéis de hacer menos que por aquel diablillo cojuelo que traviesamente os descaperuzó. Vea yo entrar en vuestras salas y gabinetes damas y caballeros, buscando, tras las agitadas horas de públicos placeres, el nocturno descanso. Lleguen á mis aguzados oídos las mil palabras sueltas de todos esos que á Julián y á Teodora preguntaban por mí. Y como de rayos dispersos de luz, por diáfano cristal recogidos, se hacen grandes focos, y como de líneas cruzadas de sombra se forjan las tinieblas, y de granos de tierra los montes, y de gotas de agua los mares, así yo, de vuestras frases perdidas, de vuestras vagas sonrisas, de vuestras miradas curiosas, de esas mil trivialidades que en cafés, teatros, reuniones y espectáculos dejáis dispersas y que ahora flotan en el aire, forje también mi drama, y sea el modesto cristal de mi inteligencia lente que traiga al foco luces y sombras, para que en él broten el incendio dramático y la trágica explosión de la catástrofe. Brote mi drama, que hasta título tiene, porque allá, bajo la luz del quinqué, veo la obra inmortal del inmortal poeta florentino, y díome en italiano lo que en buen español fuera buena imprudencia y mala osadía escribir en un

libro ó pronunciar en la escena. Francesca y Paolo, válgame vuestros amores. (Sentándose á la mesa y preparándose á escribir.) ¡Al drama! ¡El drama empieza! Primera hoja: ya no está en blanco... ya tiene título! (Escribiendo.) EL GRAN GALEOTO (Escribe febrilmente.)

FIN DEL DIÁLOGO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## ACTO PRIMERO

La escena representa un salón en casa de don Julián. En el fondo una gran puerta; más allá, un pasillo transversal; después, la puerta del comedor, que permanece cerrada hasta el final del acto.—A la izquierda del espectador, en primer término, un balcón; en segundo término, una puerta.—A la derecha en primero y segundo término, respectivamente, dos puertas.—En primer término, a la derecha, un sofá; a la izquierda, una pequeña mesa y una butaca. Todo lujoso y espléndido. Es de día, a la caída de la tarde.

### ESCENA PRIMERA

TEODORA y DON JULIÁN. Teodora, asomada al balcón; don Julián, sentado en el sofá y pensativo

Teod. ¡Hermosa puesta del sol!  
¡qué nubes, qué luz, qué cielo!  
Si en los espacios azules  
está el porvenir impreso,  
como dicen los poetas  
y nuestros padres creyeron;  
si en la esfera de zafir  
escriben astros de fuego  
de los humanos destinos  
el misterioso secreto,  
y es esta espléndida tarde  
página y cifra del nuestro,  
¡qué venturas nos aguardan,

qué porvenir tan risueño,  
cuánta vida en nuestra vida,  
cuánta luz en nuestro cielo!  
¿No es verdad? (Dirigiéndose a don Julián.)

Pero, ¿qué piensas?  
Ven, Julián, mira aquel lejos.  
¿No me contestas?

JULIÁN (Distráido.) ¿Qué quieres?

TEOD. (Acercándose a él.)  
¿No me escuchaste?

JULIÁN El deseo  
siempre está donde estás tú,  
que eres su ímán y su centro;  
pero á veces, importunos,  
acosan al pensamiento  
preocupaciones, cuidados,  
negocios...

TEOD. De que reniego,  
pues de mi esposo me roban  
la atención, si no el afecto.  
Pero, ¿qué tienes, Julián? (Con sumo cariño.)  
Algo te preocupa, y serio  
debe ser, pues hace rato  
que estás triste y en silencio.  
¿Tienes penas, Julián mío?

JULIÁN Pues las reclama mi pecho,  
que si mis dichas son tuyas,  
tus tristezas yo las quiero.  
¿Penas? ¡siendo tú dichosa!  
¿Tristezas? ¡cuando poseo  
de todas las alegrías  
en mi Teodora el compendio!  
En mostrando tu semblante,  
de la salud de tu cuerpo  
como fruto, esas dos rosas,  
y tus ojos ese fuego,  
que es el resplandor del alma  
que se extiende por dos cielos;  
en sabiendo, como sé,  
que yo solo soy tu dueño,  
¿qué tristezas ni qué penas,  
ni qué sombras, ni qué duelos  
pueden impedirme ser,

del corazón hasta el centro,  
el hombre más venturoso  
que existe en el universo?  
¿Y tampoco son disgustos  
de negocios?

TEOD.

JULIÁN El dinero  
no me hizo perder jamás  
ni el apetito ni el sueño,  
y como siempre le tuve,  
no aversión, mas sí desprecio,  
él se vino hacia mis arcas  
sumiso como un cordero.  
Y fui rico, y rico soy,  
y hasta que muera de viejo,  
don Julián de Garagarza,  
en Madrid, Cádiz y el Puerto,  
gracias á Dios y á su suerte,  
será, Teodora, el banquero,  
si no de mayor fortuna,  
más seguro y de más crédito.  
Pues bien, entonces, ¿por qué  
estabas hace un momento  
tan preocupado?

TEOD.

JULIÁN Pensaba,  
y pensaba en algo bueno.

TEOD. No es maravilla, Julián,  
siendo tuyo el pensamiento.  
(Con mimo.)

JULIÁN ¡Lisonjera! ¡No me adules!

TEOD. Pero sepa yo qué es ello.

JULIÁN Quería encontrar remate  
para cierta obra de mérito.

TEOD. ¿Para la fábrica nueva?

JULIÁN No es obra de piedra y fierro.

TEOD. ¿Pero es?...

JULIÁN De misericordia  
obra, y de lejanos tiempos  
deuda sagrada.

TEOD. (Con alegría natural y espontánea.)  
Ya sé.

JULIÁN ¿Sí?

TEOD. Pensabas en Ernesto.

JULIÁN Acertaste.

TEOD. ¡Pobre chico!  
Bien hacías. ¡Es tan bueno,  
tan noble, tan generoso!  
JULIÁN Todo á su padre: ¡modelo  
de lealtad y de hidalguía!  
TEOD. ¡Vaya! ¡Y de mucho talento!  
Veintiséis años... ¡Y sabe!  
¿Qué sé yo?... ¡Si es un pudento!  
JULIÁN ¿Si sabe? ¡Pues ahí es nada!  
Y ese es el mal: porque temo  
que allá, perdido en sublimes  
esferas su pensamiento,  
no sepa andar por el mundo,  
que es prosaico y traicionero,  
y no se paga jamás  
de sutilezas de ingenio  
hasta tres siglos después  
de habérselas dicho el muerto.  
TEOD. En teniéndote por gula...  
porque tú, Julián... ¿no es cierto?  
no piensas abandonarle.  
JULIÁN ¡Abandonarle! Muy negro  
era menester que fuese  
el corazón que en el pecho  
me late, para que yo  
olvidase lo que debo  
á su padre. Por el mío  
arriesgó don Juan de Acedo  
nombre, caudal y la vida  
acaso. Si ese mancebo  
necesita de mi sangre,  
que la pida, que la tengo  
siempre dispuesta á pagar  
deudas del nombre que llevo.  
TEOD. ¡Bien, Julián! ¡Ese eres tú!  
JULIÁN Tú lo viste: me dijeron  
hace un año, ó poco más,  
que el buen don Juan era muerto,  
y que su hijo en la miseria  
quedaba, y faltóme tiempo  
para meterme en el tren,  
ir á Gerona, cogerlo  
casi á la fuerza, hasta aquí

volver con él, y en el centro  
de esta sala colocarle  
y decirle: «Eres el dueño  
de lo mío, que ya es tuyo,  
porque á tu padre lo debo.  
Si quieres, amo serás  
de esta casa, ó cuando menos  
por segundo padre tenme,  
que si no alcanzo al primero  
por lo mucho que valía,  
tras él voy con el deseo;  
y en cuanto á quererte... ¡vaya!  
quién es más, allá veremos.»  
TEOD. Es verdad: eso dijiste:  
y el pobre... como es tan bueno,  
rompió á llorar como un niño  
y colgósete del cuello.  
JULIÁN Es un niño, dices bien,  
y pensar en él debemos  
y en su porvenir. Y ahí tienes  
por qué preocupado y serio  
me viste ha poco, buscando  
forma y modo á lo que pienso  
hacer por él, mientras tú  
me brindabas con un bello  
panorama, y un celaje,  
y un rojo sol, que desdeño,  
desde que brillan dos soles  
más puros en nuestro cielo.  
TEOD. Pues no adivino tu idea.  
¿Lo que piensas por Ernesto  
hacer?  
JULIÁN Tal dije.  
TEOD. ¿Pues cabe  
hacer más de lo que has hecho!  
Hace un año vive aquí  
con nosotros, como nuestro.  
Ni aun cuando hijo tuyo fuese,  
ni mi propio hermano siendo,  
le mostraras más cariño,  
ni en mí hallara más afecto.  
JULIÁN Está bien, pero no basta.  
TEOD. ¿Que no basta? Pues yo creo...

JULIÁN Tú piensas en lo presente  
y yo en lo futuro pienso.  
TEOD. ¿Lo futuro? ¿El porvenir?  
Pues fácilmente lo arreglo.  
Mira: vive en esta casa  
cuanto quiera, años enteros,  
como suya, pues es claro:  
hasta que allá, con el tiempo,  
por ley justa y natural,  
se enamore y le casemos.  
Entonces de tu fortuna  
le entregas con noble empeño  
una buena parte; vanse  
a su casa desde el templo  
*ella y él*; que el refrán dice,  
y yo a su razón me atengo,  
*que el casado, casa quiere*,  
y no porque vivan lejos  
hemos de olvidarle nunca  
ni hemos de quererle menos.  
Y ya lo ves: son felices;  
nosotros más, por supuesto.  
Tienen hijos: ¿quién lo duda?  
¡Nosotros más!... ¡Por lo menos  
(Con mimo.)  
una niña!... Se enamoran  
ella y el hijo de Ernesto  
y se casan...

(La volubilidad, el gracejo, los matices de este parlamento quedan encomendados al talento de la actriz.)

JULIÁN Pero adónde  
vas a parar, justo cielo! (Riendo.)  
TEOD. Hablabas del porvenir,  
y este porvenir te ofrezco;  
que si no es este, Julián,  
ni me gusta, ni lo acepto.  
JULIÁN Es como tuyo, Teodora.  
Pero...  
TEOD. ¡Ay, Dios! ya tiene un pero.  
JULIÁN Mira, Teodora, nosotros  
pagamos lo que debemos  
al amparar a ese joven  
desdichado como a deudo,

y a la obligación se agregan  
exigencias del afecto,  
que vale tanto por sí  
como por hijo de Acedo.  
Pero en toda acción humana  
siempre hay algo de complejo;  
siempre hay dos puntos de vista,  
y siempre tiene un reverso  
la medalla. Con lo cual  
decirte, Teodora, quiero,  
que en este caso son casos,  
más que contrarios, diversos  
el de dar y recibir  
protección y que me temo  
que al fin le sepan mis dones  
a humillación por lo menos.  
El es noble, y es altivo,  
y casi, casi, soberbio,  
y a su situación, Teodora,  
es forzoso hallarle término.  
Hagamos por él aún más,  
y finjamos hacer menos.  
¿De qué modo?

TEOD.  
JULIÁN

Vas a ver...  
Pero él viene. (Mirando hacia el fondo.)  
Pues silencio.

TEOD.

## ESCENA II

TEODORA y DON JULIÁN, ERNESTO por el fondo

JULIÁN  
ERN.

Bien venido.  
Don Julián...  
Teodora...

(Saluda como distraído y se sienta junto a la mesa,  
quedando pensativo.)

JULIÁN  
ERN.

¿Qué tienes? (Acercándose a él.)  
Nada.

JULIÁN

Algo noto en tu mirada,  
y algo revela tu afán.  
¿Tienes penas?

ERN.

¡Desvarío!

JULIÁN ¿Tienes disgustos?  
 ERN. Ninguno.  
 JULIÁN ¿Acaso soy importuno?  
 ERN. ¡Usted importuno! ¡Dios mío!  
 (Levantándose y acercándose á él con efusión.)  
 No: su cariño le inspira;  
 su amistad es su derecho,  
 y lee dentro de mi pecho  
 cuando á los ojos me mira.  
 Algo tengo, si señor;  
 pero todo lo diré.  
 Don Julián, perdone usted;  
 y usted también, ¡por favor! (A Teodora.)  
 Yo soy un loco, y un niño,  
 y un ingrato; en puridad,  
 ni merezco su bondad,  
 ni merezco su cariño.  
 Yo debiera ser dichoso  
 con tal padre y tal hermana,  
 y no pensar en mañana,  
 y, sin embargo, es forzoso  
 que piense. La explicación  
 me sonroja... ¿No me entienden?..  
 Sí, sí; que ustedes comprenden  
 que es falsa mi situación.  
 De limosna vivo aquí. (Con energía.)  
 Esa palabra...  
 TEOD. Teodora...  
 ERN. Nos ofende.  
 ERN. Sí, señora,  
 dije mal; pero es así.  
 JULIÁN Y yo te digo que no.  
 Si de limosna, y no escasa,  
 alguien vive en esta casa,  
 ese no eres tú; soy yo.  
 ERN. Conozco, señor, la historia  
 de dos amigos leales,  
 y de no sé qué caudales  
 de que ya no hago memoria.  
 A mi padre le hace honor  
 rasgo de tal hidalguía;  
 pero yo la mancharía  
 si cobrase su valor.

Yo soy joven, don Julián,  
 y aunque es poco lo que valgo,  
 bien puedo ocuparme en algo  
 para ganarme mi pan.  
 ¿Será esto orgullo, ó manía?  
 No lo sé, y el tino pierdo;  
 pero yo siempre recuerdo  
 que mi padre me decía:  
 «Lo que tú puedas hacer,  
 »á nadie lo has de encargar;  
 »lo que tú puedas ganar,  
 »á nadie lo has de deber.»  
 JULIÁN De modo que mis favores  
 te humillan y te envilecen;  
 tus amigos te parecen  
 importunos acreedores.  
 TEOD. Usted discurre en razón;  
 usted sabe mucho, Ernesto:  
 pero mire usted, en esto  
 sabe más el corazón.  
 JULIÁN Esa altivez desdeñosa  
 no mostró mi padre al tuyo.  
 TEOD. La amistad, según arguyo,  
 era entonces otra cosa.  
 ERN. ¡Teodora!  
 TEOD. Es su noble afán.  
 (Por don Julián.)  
 ERN. Es cierto, soy un ingrato;  
 ya lo sé, y un insensato;  
 perdone usted, don Julián.  
 (Profundamente conmovido.)  
 JULIÁN ¡Su cabeza es una fragua!  
 (A Teodora, refiriéndose á Ernesto.)  
 TEOD. ¡Si no vive en este mundo!  
 (A don Julián, lo mismo.)  
 JULIÁN Eso sí, sabio y profundo,  
 y se ahoga en un charco de agua.  
 ERN. ¡Que de esta vida no sé, (Tristemente)  
 ni hallo en ella mi camino!  
 Es verdad; más lo adivino,  
 y tiemblo no sé por qué.  
 ¡Que en las charcas de este mundo,  
 como en alta mar me anego!

Me espantan más, no lo niego,  
mucho más que el mar profundo.  
Hasta el límite que marca  
suelta arena el mar se tiende;  
por todo el espacio extiende  
emanaciones la charca.  
Contra las olas del mar  
luchan brazos varoniles;  
contra miasmas sutiles  
no hay manera de luchar.  
Y yo, si he de ser vencido,  
que no humilla el vencimiento,  
en el último momento  
sólo quiero, y sólo pido,  
ver ante mí, y esto baste,  
al mar que tragarme quiera,  
á la espada que me hiera  
ó á la roca que me aplaste.  
A mi adversario sentir,  
su cuerpo y su furia ver,  
y despreciarle al caer,  
y despreciarle al morir.  
Y no aspirar mansamente,  
mi pecho, que se dilata,  
el veneno que me mata  
esparcido en el ambiente.

JULIÁN ¿No te dije? ¡Perdió el seso! (A Teodora.)

TEOD. Pero, Ernesto, ¿á dónde vamos?

JULIÁN Con el caso que tratamos,  
¿qué tiene que ver todo eso?

ERN. Que al verme, señor, aquí,  
amparado y recogido,  
lo que he pensado he creído  
que piensan todos de mí:  
que al cruzar la Castellana  
en el coche con ustedes,  
con Teodora ó con Mercedes  
al salir una mañana,  
al ir á su palco al Real,  
al cazar en su dehesa,  
al ocupar en su mesa  
de diario el mismo sitio,  
aunque á su optimismo pese,

el caso es, señor, que todos,  
con estos ó aquellos modos,  
se preguntan: ¿Quién es ese?  
¿Será su deudo? ¡No tal!  
¿Su secretario?—Tampoco.  
¿Su socio?—Si es socio, poco  
trajo á la masa social.  
Eso murmuran.

JULIÁN Ninguno.

Eso sueñas,

Por favor...

ERN. Pues venga un nombre.

JULIÁN Señor...

ERN. Me basta sólo con uno.

JULIÁN Pues lo tienen á la mano:  
está en el piso tercero.

ERN. ¿Y se llama?

Don Severo.

JULIÁN ¿Mi hermano?

ERN. Justo; su hermano.

¿No basta? Doña Mercedes,  
su noble esposa y señora.

¿Más? Pepito. Conque ahora  
á ver qué dicen ustedes.

JULIÁN (Con enojo.)

Pues digo, y juro, y no pecco,  
que *él*, más que severo es raro;  
que *ella* charla sin reparo,  
y que el chico es un muñeco.

ERN. Repiten lo que oyen.

JULIÁN Nada:

esas son cavilaciones.

Donde hay nobles intenciones,  
y á la gente que es honrada  
le importa poco del mundo,  
cuanto el murmurar más recio,  
más soberano el desprecio,  
y más grande y más profundo.

ERN. Eso es noble, y eso siente  
todo pecho bien nacido;  
pero yo tengo aprendido  
que lo que dice la gente  
con maldad ó sin maldad,

según aquel que lo inspira  
 comienza siendo mentira  
 y acaba siendo verdad.  
 ¿La murmuración que eunde  
 nos muestra oculto pecado,  
 y es reflejo del pasado  
 ó inventa el mal y lo funde?  
 ¿Marca con sello maldito  
 la culpa que ya existía,  
 ó engendra la que no había  
 y da ocasión al delito?  
 El labio murmurador,  
 ¿es infame, ó es severo?  
 ¿es cómplice, ó pregonero?  
 ¿es verdugo, ó tentador?  
 ¿remata, ó hace caer?  
 ¿hiere por gusto, ó por pena?  
 y si condena, ¿condena  
 por justicia, ó por placer?  
 Yo no lo sé, don Julián:  
 quizá las dos cosas son:  
 pero el tiempo y la ocasión  
 y los hechos lo dirán.  
 Mira, no entiendo ni jota:  
 esas son filosofías,  
 ó mejor dicho, manías,  
 conque tu ingenio se agota;  
 pero, en fin, tampoco quiero  
 afligirte ni apurarte.  
 ¿Quieres, Ernesto, crearte,  
 independiente y severo  
 una posición honrada  
 por tí solo? ¿no es así?  
 Don Julián...

JULIÁN

ERN.  
 JULIÁN  
 ERN.  
 JULIÁN

Responde. Si.  
 Pues la tienes alcanzada.  
 Me encuentro sin secretario,  
 de Londres me brindan uno,  
 pero no quiero ninguno,  
 más que un ser estafalario  
 (Con tono de cariñosa reconvención.)  
 que su pobreza prefiere,

su trabajo y sueldo fijo,  
 como cualquiera, á ser hijo  
 de quien por hijo le quiere.  
 Don Julián...

ERN.  
 JULIÁN

Pero exigente  
 (Con tono de cómica severidad.)  
 y hombre de negocios soy,  
 y mi dinero no doy  
 nunca de balde á la gente.  
 Y he de explotarte á mi gusto,  
 y he de hacerte trabajar,  
 y en mi casa has de ganar  
 únicamente lo justo.  
 Diez horas para el tintero,  
 despierto al amanecer,  
 y contigo voy á ser  
 más severo que Severo.  
 ¡Esto serás ante el mundo!  
 víctima de mi egoísmo...  
 ¡pero, Ernesto, siempre el mismo  
 de mi pecho en lo profundo!  
 (Sin poder contenerse, cambiando de tono y abriendo-  
 le los brazos.)  
 (Abrazándole.)  
 ¡Don Julián!...

ERN.

JULIÁN  
 ERN.

¿Aceptas?  
 Si.

TECD.  
 ERN.  
 JULIÁN

Haga de mí lo que quiera.  
 Al fin domaste la fiera. (A don Julián.)  
 ¡Todo por usted! (A don Julián.)  
 Así:

así te quiero. Ahora escribo  
 á mi buen correspondiente:  
 le doy, como es natural,  
 las gracias, y que concibo  
 el mérito extraordinario  
 del inglés, de que hace alarde;  
 pero que ha llegado tarde,  
 porque tengo secretario.  
 (Dirigiéndose á la primera puerta de la derecha.)  
 Eso ahora... pero andar  
 deja al tiempo... ¡Socio luego!  
 (Volviéndose y fingiendo que habla con misterio.)

TEOD. ¡Calla, por Dios!... te lo ruego,  
¡no ves que se va á espantar! (A don Julián.)  
(Sale don Julián por la derecha, primer término, rien-  
do bondadosamente y mirando á Ernesto.)

### ESCENA III

TEODORA y ERNESTO. Al final de la escena anterior, comenzó á  
anocheecer, de suerte que al llegar á este momento, el salón está ya  
completamente oscuro

ERN. ¡Ah, que su bondad me abruma!  
¿cómo pagarle, Dios mío?  
(Se deja caer en el sofá profundamente conmovido.  
Teodora se acerca á él y queda á su lado en pie.)

TEOD. Dando de mano al desvío  
y á la desconfianza. En suma,  
teniendo juicio y pensando  
que de veras le queremos,  
que lo que fuimos seremos,  
y en fin, Ernesto, que cuando  
Julián promete, no es vana  
su promesa, y la mantiene,  
de manera que usted tiene,  
en él, padre, y en mí, hermana.

### ESCENA IV

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES y DON SEVERO. Los  
dos últimos se presentan por el fondo, y en él se detienen. El salón  
á oscuras: sólo una pequeña claridad en el balcón, hacia el cual se  
dirigen Teodora y Ernesto.

ERN. ¡Ah, qué buenos son ustedes!  
TEOD. ¡Y usted qué niño! De hoy más  
no ha de estar triste.  
ERN. ¡Jamás!  
MER. (Desde fuera en voz baja.)  
(¡Qué oscuro!)  
SEV. (Lo mismo.) (Vamos, Mercedes.)

MERC. No hay nadie. (Pasando la puerta.)  
SEV. (Deteniéndola.) Gente hay allí.  
(Se quedan los dos en el fondo observando.)

ERN. Teodora, mi vida entera,  
y otras mil, gustoso diera,  
por el bien que recibí.  
No me debe usted juzgar  
por mi carácter adusto:  
de hacer alardes no gusto  
de amor, pero yo sé amar  
y también aborrecer,  
que en propios iguales modos,  
en mi pecho encuentran todos  
lo que en él quieren poner.

MERC. ¿Qué dicen? (A don Severo.)  
SEV. Cosas extrañas  
que no oigo bien.  
(Teodora y Ernesto siguen hablando en voz baja en el  
balcón.)

MERC. Si es Ernesto.  
SEV. Y ella... es ella, por supuesto.  
MERC. Teodora.

SEV. Las mismas mañas,  
siempre juntos. ¡No hay paciencia!...  
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERC. Es verdad: vamos, Severo,  
es ya caso de conciencia.  
Todos dicen...

SEV. (Avanzando.) A Julián  
he de hablar hoy mismo, y claro.

MERC. Pero también es descaro  
el de ese hombre.

SEV. ¡Voto á san!  
El de él y el de ella.

MERC. ¡Infeliz!  
¡es tan niña! De ella yo  
me encargo.

TEOD. ¿A otra casa? No.  
¿Dejarnos? ¡Pues es feliz  
la ideal! No lo consiente  
Julián.

SEV. (A doña Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!  
(En voz alta.)

¡Eb, Teodora! ¿No me has visto?  
¿Se recibe así á la gente?

TEOD. (Separándose del balcón.)  
¡Don Severo!... ¡qué placer!

MERC. ¿No se come? ¿qué, no es hora?

TEOD. ¡Ah, Mercedes!

MERC. Sí, Teodora.

SEV. (Aparte.)  
(¡Cómo finge, qué mujer!)

TEOD. Pediré luces.  
(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)

SEV. Bien hecho:  
la gente debe ver claro.

UN CRIADO Señora... (Presentándose en el fondo.)

TEOD. Luces, Genaro. (El criado sale.)

SEV. Quien sigue el camino estrecho  
del deber y la lealtad  
y es siempre lo que parece,  
no se apura ni enrojece  
por la mucha claridad.  
(Entran criados con luces: el salón queda espléndida-  
mente iluminado.)

TEOD. (Después de una pequeña pausa, dice con naturalidad  
y riendo.)  
Eso me parece á mí,  
y á cualquiera. (Dirigiéndose á doña Mercedes.)

MERC. Por supuesto.

SEV. ¡Hola, hola, don Ernesto!  
¿conque estaba usted aquí,  
con Teodora, cuando entré? (Con intención.)

ERN. Aquí estaba, por lo visto. (Friamente.)

SEV. Por lo visto no, ¡por Cristo!  
que en las sombras no se ve.  
(Acercándose á él, dándole la mano y mirándole fija-  
mente. Teodora y doña Mercedes hablan aparte.)  
(Aparte.)  
(Su color es encendida,  
y parece haber llorado.  
De niño y de enamorado  
se llora sólo en la vida.)  
¿Y Julián? (En voz alta.)

TEOD. Pues allá dentro  
se fué á escribir una carta.

ERN. (Aparte.)  
(Aunque mi paciencia es harta,  
me saca éste de mi centro.)

SEV. Voy á verle. ¿La comida  
da tiempo? (A Teodora.)

TEOD. Tiempo de sobra.

SEV. Bien: pues manos á la obra.  
(Aparte restregándose las manos y mirando á Teodora  
y á Ernesto.)  
Adiós. (En voz alta.)

TEOD. Adiós.

SEV. ¡Por mi vidad!  
(Aparte y mirándoles rencorosamente al salir.)

## ESCENA V

TEODORA, DOÑA MERCEDES y ERNESTO. Las dos mujeres se  
sientan en el sofá. Ernesto de pie

MERC. Hoy no nos ha visto usted. (A Ernesto.)

ERN. No.

MERC. Ni tampoco á Pepito.

ERN. No, señora.

MERC. Está solito  
allá arriba.  
(Aparte.) (Qué lo esté.)

ERN. (A Teodora con seriedad y misterio.)  
(Yo quisiera que se fuese,  
porque he de hablarte...)

TEOD. ¿Tú?

MERC. (Lo mismo que antes.) Sí.  
De asuntos graves.

TEOD. Pues dí.

MERC. Como no se marche ese...

TEOD. No te comprendo. (Todo en voz baja.)

MERC. ¡Valor!  
(Le coge la mano y se la estrecha afectuosamente.  
Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)  
Haz porque nos deje presto.  
(Si tú te empeñas...)

TEOD. (En voz alta.) Ernesto...  
Si me hiciera usted un favor...

ERN. Con mil amores.  
 MERC. (Aparte.) (Con uno y sobra.)  
 TEOD. Pues... suba usted... y á Pepito... vamos... que... pero acaso le importuno con este cargo.

ERN. No tal.  
 MERC. (Aparte.)  
 ¡(Con qué dulzura y qué tono!)  
 TEOD. Que... si renovó el abono de nuestro palco del Real, como le dije: ya sabe.  
 ERN. Con mucho gusto: al momento.  
 TEOD. Gracias, Ernesto, yo siento...  
 ERN. ¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)  
 TEOD. ¡Adiós!  
 (Sale Ernesto por el fondo.)

## ESCENA VI

TEODORA Y DOÑA MERCEDES

TEOD. ¡Cosa grave!  
 ¡Alarmada estoy, Mercedes!  
 Ese tono, ese misterio...  
 ¿Se trata?

MERC. De algo muy serio.  
 TEOD. ¿Pero de quién?

MERC. Pues de ustedes.

TEOD. ¿De nosotros?

MERC. De Julián, de Ernesto y de tí. Ya ves.

TEOD. ¿De los tres?

MERC. Sí; de los tres.

(Teodora contempla con asombro á doña Mercedes: pequeña pausa.)

TEOD. Pues di pronto.

MERC. (Aparte.) ¡Ganas dan!..  
 Pero no cierro la mano, que es el asunto escabroso.)  
 Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)

al fin del tuyo es hermano, y de una familia todos venimos á ser, de suerte que en la vida y en la muerte, por estos ó aquellos modos, nos debemos protección, y ayuda, y consejo... es claro: hoy, yo te brindo mi amparo, y mañana, en la ocasión, sin sonrojos en la tez acudimos al de ustedes.

TEOD. Y cuenta con él, Mercedes.

Pero acaba de una vez.

MERC. Hasta hoy no he querido dar, Teodora, este paso; pero hoy ya me dijo Severo:

«De aquí no puedo pasar;  
 »que de mi hermano el honor,  
 »cual mi propio honor estimo,  
 »y al ver ciertas cosas, gimo  
 »de vergüenza y de dolor.  
 »Siempre indirectas oyendo,  
 »siempre sonrisas mirando,  
 »siempre los ojos bajando  
 »y de las gentes huyendo.  
 »En esta de infamias lid  
 »es necesario acabar,  
 »que no puedo tolerar  
 »lo que se dice en Madrid.»

TEOD. ¡Sigue, sigue!

MERC. Pues escucha:

(Pausa. Doña Mercedes mira fijamente á Teodora.)

TEOD. Vamos: ¿qué dicen, Dios mío?

MERC. Mira: cuando suena el río, agua lleva, poca ó mucha.

TEOD. ¡No sé si suena ó no suena, si agua lleva mucha ó poca, sólo sé que ya estoy local

MERC. (Aparte.)  
 ¡Pobre niña, me da penal)

(En voz alta.)  
 Pero, en fin, ¿no has comprendido?

TEOD. ¿Yo? No.

- MERC. (Aparte.) (Torpeza es también.)  
(En voz alta y con energía.)  
¡Está en ridículo!
- TEOD. ¿Quién?
- MERC. ¿Quién ha de ser? Tu marido.
- TEOD. (Levantándose con ímpetu.)  
¿Julían? ¡Mentira! Villano  
quien habló de esa manera.  
¡Ah, si Julián le tuviera  
al alcance de su mano!...
- MERC. (Calmándola y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)  
Necesitara tener  
manos para mucha gente,  
que si la fama no miente  
todos son de un parecer.  
Pero, en fin, ¿qué infamia es esa?  
¿cuál el misterio profundo?  
¿qué es lo que repite el mundo?  
¿Conque te pesa?
- MERC. ¡Me pesal
- TEOD. ¿Pero qué?
- MERC. Mira, Teodora,  
eres muy niña: á tu edad  
se cometen, sin maldad,  
ligerezas... ¡y se llora  
después tanto!... ¿Todavía  
no me comprendes? Di.
- TEOD. No.
- MERC. ¿Por qué he de entenderte yo  
si esa historia no es la mía?
- MERC. Es la historia de un infame,  
y es la historia de una dama...
- TEOD. ¿Y ella se llama?... (Con ansia.)
- MERC. Se llama...
- TEOD. ¿Qué importa cómo se llame?...  
(Conteniéndola. Teodora se separa de doña Mercedes  
sin levantarse del sofá; doña Mercedes se le acerca a  
medida que habla. Este doble movimiento de repug-  
nancia y alejamiento en Teodora, de protección é insis-  
tencia en doña Mercedes, muy marcado.)
- MERC. El hombre es ruin y traidor,  
y exige de la mujer,  
por una hora de placer

- una vida de dolor.  
La deshonra del esposo,  
de la familia la ruina,  
y la frente que se inclina  
bajo sello vergonzoso;  
como social penitencia  
el desprecio en los demás,  
¡y Dios que castiga aún más  
con la voz de la conciencia!  
(Ya están al otro extremo del sofá. Teodora huye del  
contacto de doña Mercedes, inclina hacia atrás el cuer-  
po y se cubre el rostro con las manos y al fin ha com-  
prendido.)  
Ven á mis brazos, Teodora...  
(¡Pobrecilla, me enternece!) (Aparte.)  
ese hombre no te merece.  
Pero, ¿adónde va, señora,  
con ese arretrato ciego?  
¡Si no es miedo, ni es espanto:  
si no hay en mis ojos llanto:  
si en mis ojos sólo hay fuego!  
¿A quién oyó lo que oí?  
¿Quién es ese hombre? ¡Será!...  
¿el acaso?...
- MERC. Ernesto.
- TEOD. ¡Ah!... (Pausa.)  
La mujer, yo, ¿no es así?  
(señal afirmativa de doña Mercedes. Teodora se le  
vanta.)  
Pues escucha, aunque te irrites:  
cuál es más vil, no sé yo:  
si el mundo que lo inventó,  
ó tú que me lo repites.  
¡Maldito el labio mundano  
que dió forma á tal idea!  
¡y maldito quien lo crea  
por imbécil ó villano!  
¡tan maldita y tan fatal,  
que sólo por arrancarla  
de mi memoria y llevarla  
en ella, soy criminal!  
¡Jesús! nunca lo pensé:  
¡Jesús! nunca lo creí:

¡tan desgraciado lo vi,  
que como á hermano le amé!  
Julián fué su Providencia...  
y él es noble y caballero.

(Deteniéndose, observando á doña Mercedes y volviendo el rostro. Aparte.)

(¡Cómo me mira!... No quiero alabarle en su presencia.

¡De modo que ya, Dios mío, he de fingir!) (Acongojándose visiblemente.)

Vamos, calma.

MERC.

TEOD.

(En voz alta.)

¡Qué angustia siento en el alma...  
qué desconuelo y qué frío!...

¡Por la pública opinión  
de esta manera manchada!...

¡Ay, mi madre!... ¡Madre amada!...

¡Ay, Julián del corazón!

(Cae sollozando en el sillón de la izquierda; doña Mercedes procura consolarla.)

MERC.

Yo no presumí... perdona...

no llores... Si no creía  
nada serio... ¡Si sabía

que tu pasado te abona!

Pero siendo el caso así,

has de confesar también

que de cada ciento, cien,

de tu Julián y de tí

dirán con justo rigor

que fuisteis harto imprudentes

dando ocasión á las gentes

á pensar en lo peor.

Tú, joven de veinte Abriles;

Julián, en su cuarentena,

y Ernesto la mente llena

de fantásticos perfiles...

en sus asuntos tu esposo,

el otro en sus fantasías,

más ocasiones que días,

y tu pensamiento ocioso...

La gente que os ve en paseo,

la gente que os ve en el Real...

mal hizo en pensar tan mal;

pero, Teodora, yo creo  
que, en justicia y en razón,  
en todo lo que ha pasado,  
el mundo puso el pecado  
y vosotros la ocasión.

La moderna sociedad,  
permíteme que te diga,  
que la culpa que castiga  
con más saña y más crueldad  
y en forma más rica y varia  
en la mujer y en el hombre,  
es, Teodora, y no te asombre,  
*la imprudencia temeraria.*

TEOD.

(Volviéndose á doña Mercedes, pero sin atender á su parlamento.)

¿Y dices que Julián?..

MERC.

¡Si!

es la mofa de la corte.

Y tú...

TEOD.

De mí... no te importe.

Pero Julián... ¡ay de mí!  
tan bueno... tan caballero...

cuando sepa ..

MERC.

Lo sabrá,  
porque ahora mismo estará  
hablando con él Severo.

TEOD.

¡Qué dices!

JULIÁN

(Desde dentro.) ¡Basta!

TEOD.

¡Dios mío!

JULIÁN

¡Que me dejes!

TEOD.

¡Ay de mí!

MERC.

Vámonos pronto de aquí...

(Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)

¡Si, pronto, que es desvario!

(Teodora y doña Mercedes se dirigen hacia la izquierda.)

TEOD.

(Deteniéndose.)

Pero, ¿por qué?... ¡No parece  
sino que yo soy culpable!

¡La calumnia miserable!

¡no mancha solo, envilece!

¡Es engendro tan maldito,

32788

que, contra toda evidencia,  
se nos mete en la conciencia  
con el sabor del delito!  
¿Por qué de un necio terror  
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta derecha, primer término, don Julián y detrás don Severo.)

¡Julián!

JULIÁN

Teodora!

(Corre á él, que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!

¡Este es tu puesto de honor!

### ESCENA VII

TEODORA, DOÑA MERCEDES, DON JULIÁN y DON SEVERO.—El orden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: doña Mercedes, Teodora, don Julián y don Severo; Teodora y don Julián formando un grupo; ella en los brazos de él

JULIÁN

Pase por primera vez,  
y ¡vive Dios!, que es pasar;  
pero quien vuelva á manchar  
con lágrimas esta tez,  
(Señalando á Teodora.)  
yo juro, y no juro en vano,  
que no pasa, si tal pasa,  
los umbrales de esta casa,  
aun siendo mi propio hermano.

(Pausa. Don Julián acaricia y consuela á Teodora.)

SEV.

Repetí lo que la gente  
murmura de tí, Julián.  
Infamias.

JULIÁN

Pues lo serán.

SEV.

Lo son.

JULIÁN

Pues deja que cuente

SEV.

lo que todo el mundo sabe.

JULIÁN

¡Vilezas, mentiras, lodo!

SEV.

Pues repetirlo...

JULIÁN

No es modo  
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)

SEV.

No tienes razón.

JULIÁN

Razón,  
y de sobra. Fuera bueno  
que me trajeses el cieno  
de la calle á mi salón.

SEV.

¡Pues será!

JULIÁN

¡Pues no ha de ser!

SEV.

¡Mío es tu nombre!

JULIÁN

¡No más!

SEV.

¡Y tu honor!

JULIÁN

Piensa que estás  
delante de mi mujer. (Pausa.)

SEV.

(A don Julián, en voz baja.)

(¡Si nuestro padre te viera!)

JULIÁN

¡Ómol... Severo, ¿qué es esto?

MER.C.

Silencio, que viene Ernesto.

TEOD.

(Aparte.)

(¡Qué vergüenza!... ¡Si él supiera!...)

(Teodora vuelve el rostro y lo inclina; don Julián la mira fijamente.)

### ESCENA VIII

TEODORA, DOÑA MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO, ERNESTO y PEPITO: los dos últimos por el foro.—El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda á derecha: doña Mercedes, Pepito, Teodora, don Julián, Ernesto y don Severo. Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito, se separan; aquel viene al lado de don Julián, éste al de Teodora

ERN.

(Observando un instante desde el fondo el grupo de Teodora y de don Julián. Aparte.)

(Ella y él... no es ilusión.)

¿Si será lo que temí?...

Lo que á ese imbécil oí...

(Refiriéndose á Pepito, que en este momento entra.)

No fué suya la invención.)

PEP.

(Que ha mirado con extrañeza á uno y otro lado.)

Salud y buen apetito,

porque se acerca la hora.

Aquí está el palco, Teodora.

Don Julián...

TEOD. Gracias, Pepito.  
(Tomando el palco maquinalmente.)

ERN. ¿Qué tiene Teodora? (A don Julián en voz baja.)

JULIÁN Nada.

ERN. (Como antes)  
Está pálida y llorosa.

JULIÁN (Sin poder contenerse.)  
No te ocupes de mi esposa.  
(Pausa. Don Julián y Ernesto cruzan una mirada.)

ERN. (Aparte.)  
(¡Miserables! Fué jornada completa.)

PEP. Loco de atar.  
(A su madre en voz baja señalando á Ernesto.)  
Porque le di cierta broma con Teodora, toma, toma... ¡que me quería matar!

ERN. (En voz alta, triste pero resuelto con ademán noble.)  
Don Julián, pensé despacio en su generosa oferta... y aunque mi labio no acierta... y anda torpe y va reacio... y aunque conozco que yo ya de su bondad abuso... en fin, señor, que rehusó el puesto que me ofreció.

JULIÁN ¿Por qué?

ERN. Porque soy así:  
un poeta, un soñador.  
Nunca, mi padre, señor,  
hizo carrera de mí.  
Yo necesito viajar;  
soy rebelde y soy inquieto;  
vamos, que no me sujeto,  
como otros, á vegetar.  
Espíritu aventurero,  
me voy cual nuevo Colón...  
En fin, si tengo razón,  
que lo diga don Severo.

SEV. Habla usted como un abismo de ciencia y como hombre ducho.  
Hace mucho tiempo, mucho,  
que pensaba yo lo mismo.

JULIÁN ¿Conque sientes començon de mundos y de viajar?  
¿Conque nos quieres dejar?  
Y los medios... ¿cuáles son?

SEV. El... se marcha... á donde sienta que ha de estar más á su gusto.  
Lo demás, para ser justo,  
ha de correr de tu cuenta. (A don Julián.)  
Cuanto quiera... no concibo que economice ni un cuarto.

ERN. Ni yo deshonoras reparto, (A don Severo.)  
ni yo limosnas recibo. (Pausa.)  
Pero, en fin, ello ha de ser;  
y como la despedida fuera triste, que en la vida... quizá no les vuelva á ver,  
es lo mejor que ahora mismo nos demos un buen abrazo... (A don Julián.)  
y rompamos este lazo...  
y perdonen mi egoísmo.  
(Profundamente conmovido.)

SEV. (Aparte.)  
(¡Cómo me miran los dos!)

TEOD. (Aparte.)  
(¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERN. Don Julián, ¿qué le detiene?  
Este es el último adiós.  
(Dirigiéndose á don Julián con los brazos abiertos.  
Don Julián le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

JULIÁN No: las cosas bien miradas,  
ni el último ni el primero:  
es el abrazo sincero  
de dos personas honradas.  
De ese proyecto insensato  
no quiero que me hables más.  
Pero ¿no se va?

SEV. Jamás.

JULIÁN Yo no mudo á cada rato  
el punto en que me coloco,  
ó aquel plan á que me ciño,  
por los caprichos de un niño  
ó los delirios de un loco.

Y aun fuera mayor mancilla  
el sujetar mis acciones  
á necias murmuraciones  
de la muy heroica villa.

SEV.  
JULIÁN

Julián...  
Basta, que la mesa  
nos aguarda.

ERN.

¡Padre miol...  
no puedo.

JULIÁN

Pues yo confío  
en que podrás. ¿O te pesa  
mi autoridad?

ERN.

¡Por favor!

JULIÁN

Vamos allá, que ya es hora.  
Dale tú el brazo á Teodora (A Ernesto.)  
y llévala al comedor.

ERN.

¡A Teodora!... (mirándola y retrocediendo.)

TEOD.

(Lo mismo.) ¡Ernestol...

JULIÁN

Si:

como siempre.

(Movimiento de duda y vacilación en ambos. Al fin se acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su brazo, pero sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo ello queda encomendado á los actores.)

(A Pepito) Y vamos, tú...  
el tuyo, ¡por Belcebú!

á tu madre. Y junto á mí,  
(Pepito da el brazo á doña Mercedes.)

Severo, mi buen hermano:  
(Apoyándose en él un momento.)

¡y así... en familia comer,  
y que rebose el placer

con las copas en la mano!  
¿Hay quien murmura? corriente  
pues que murmure ó que grite:

á mí se me da un ardite  
de lo que dice la gente.

Palacio quisiera ahora  
con paredes de cristal,

y que á través del fanal  
viesen á Ernesto y Teodora

los que nos traen entre manos,  
porque entendiesen así

lo que se me importa á mí  
de calumnias y villanos.

Cada cual siga su suerte.

(En este momento aparece un criado con traje de etiqueta; de negro y corbata blanca.)

La comida.

Está servida.

CRIADO

(Abre la puerta del comedor; se ve la mesa, los sillones, lámpara colgada del techo, etc., en suma una mesa y un comedor de lujo.)

JULIÁN

Pues hagamos por la vida,  
que ya harán por nuestra muerte.

Vamos... (Invitando á que pasen.)

Mercedes...

Teodora...

TEOD.

MERC.

TEOD.

MERC.

TEOD.

Ustedes...

Pasen ustedes...

No: vé delante, Mercedes.

(Doña Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen al comedor lentamente. Teodora y Ernesto quedan todavía inmóviles y como absortos en sus pensamientos. Ernesto fija en ella la vista.)

JULIÁN

(Aparte.) ¡El la mira y ella llora!

(Signen muy despacio á doña Mercedes: Teodora vacilante, deteniéndose y enjugando el llanto.)

(¿Se hablan bajo?) (A don Severo, aparte.)

SEV.

No lo sé;

pero presumo que sí.

JULIÁN

¿Por qué vuelven hacia aquí

(Ernesto y Teodora se han detenido y han vuelto la cabeza furtivamente. Después signen andando.)

la vista los dos?... ¿Por qué?

SEV.

Ya vas entrando en razón.

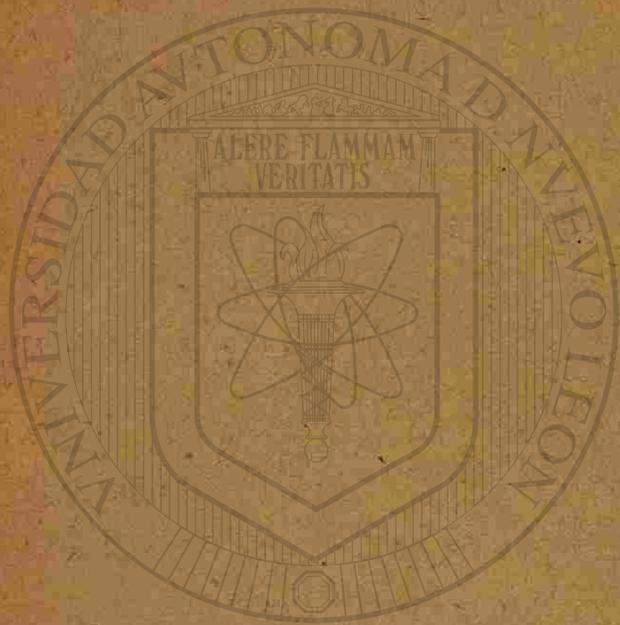
JULIÁN

¡Voy entrando en tu locura!

¡Ah! ¡la calumnia es segura;

va derecha al corazón!

(El y don Severo se dirigen al comedor.)



## ACTO SEGUNDO

La escena representa una sala pequeña y excesivamente modesta, casi pobre.— En la puerta en el fondo: á la derecha del espectador otra puerta, una sola: á la izquierda un balcón.— Un estante de pino con algunos libros: una mesa: un sillón.— La mesa á la izquierda: sobre ella una fotografía de don Julián en su marco, al lado otro marco igual al anterior, pero sin ningún retrato: ambos son bastante pequeños. También sobre la mesa un quinqué apagado, un ejemplar de la *Divina Comedia*, del Dante, abierto por el episodio de Francesca, y un pedazo de papel medio quemado: además papeles sueltos y el manuscrito de un drama.— Algunas sillas.— Todos los muebles pobres, en armonía con la pobreza del cuarto.— Es de día.

### ESCENA PRIMERA

DON JULIÁN, DON SEVERO y un CRIADO. Los tres entran por el fondo

SEV. ¿No está el señor?  
CRIADO No, señor;  
ha salido muy temprano.  
SEV. No importa, le esperaremos;  
porque supongo que al cabo  
don Ernesto ha de venir.  
CRIADO Es lo probable, que el amo  
es puntual como ninguno,  
y como ninguno exacto.

SEV. Bueno; vete.  
 CRIADO Sí, señor.  
 Si algo mandan, fuera aguardo.  
 (Sale el Criado por el fondo.)

## ESCENA II

DON JULIÁN y DON SEVERO

SEV. ¡Qué modestia! (Mirando el cuarto.)  
 JULIÁN ¡Qué pobreza,  
 dirás mejor!

SEV. ¡Vaya un cuarto!  
 Una alcoba sin salida:  
 (Mirando por la puerta de la derecha; luego por la del foro.)

JULIÁN la antesala: este despacho,  
 y pare usted de contar.  
 Y en piece á contar el diablo,  
 de ingratitudes humanas,  
 de sentimientos bastardos,  
 de pasiones miserables,  
 de calumnias de villanos,  
 y no acabará jamás,  
 aunque cuente aprisa y largo.

SEV. La casualidad lo quiso.  
 JULIÁN Ese no es el nombre, hermano.  
 Lo quiso... quien yo me sé.

SEV. ¿Y quién es ese? ¿Yo acaso?  
 JULIÁN Tú también. Y antes que tú  
 los necios desocupados  
 que de mi honor y mi esposa  
 sin rebozo murmuraron.  
 Y después yo, que cobarde,  
 y celoso, y ruin, y bajo,  
 dejé salir de mi hogar  
 á ese mancebo, que ha dado  
 pruebas de ser tan altivo,  
 como yo de ser ingrato.  
 Ingrato: ¿porque tú ves  
 mi ostentación y regalo?  
 ¿el lujo de mis salones,

de mis trenes el boato,  
 el crédito de mi firma,  
 los caudales que gozamos?  
 Pues todo, ¿sabes de dónde  
 procede?

SEV. Y hasta olvidado  
 lo tengo.

JULIÁN Tú lo dijiste:  
 el olvido: premio humano  
 á toda acción generosa,  
 á todo arranque bizarro,  
 que en su modesto retiro,  
 sin trompetas ni reclamos,  
 realice un hombre por otro,  
 como amigo ó como honrado.

SEV. Eres injusto contigo:  
 tu gratitud llegó á tanto,  
 que tu honor y hasta tu dicha  
 casi le has sacrificado.  
 ¿Qué más se puede pedir?  
 ¿Ni qué más hiciera un santo?  
 Todo su término tiene;  
 lo bueno como lo malo.  
 Es orgulloso... empeñóse...  
 y aunque te opusiste... claro...  
 él es dueño de sí mismo,  
 de su persona y sus actos,  
 y una mañana dejó,  
 porque quiso, tu palacio,  
 y en este zaquizamí  
 metióse desesperado.

JULIÁN Es muy triste, pero amigo,  
 ¿quién ha podido evitarlo?  
 Todos, si estuviesen todos  
 atentos á sus cuidados,  
 y de las honras ajenas  
 no se llevasen pedazos,  
 al resolver de sus lenguas  
 y al señalar de sus manos,  
 ¿qué les importaba, dí,  
 que yo, cumpliendo un sagrado  
 deber, hiciese de Ernesto  
 un hijo y ella un hermano?

¿Es suficiente en mi mesa,  
ó en paseo, ó en el teatro,  
junto á una joven hermosa,  
ver á un mancebo gallardo,  
para suponer infamias  
y para aventar escándalos?  
¿Acaso el amor impuro,  
en este mundo de barro,  
es entre hombres y mujeres  
único supremo lazo?  
¿No hay amistad, gratitud,  
simpatía, ó tal estamos,  
que juventud y belleza  
sólo se unen en el fango?  
Y aun suponiendo que fuese  
lo que suponen menguados,  
¿qué falta me hacen los necios  
para vengar mis agravios?  
Para ver tengo mis ojos,  
para observar mis cuidados,  
y para vengar injurias  
hierro, corazón y manos.

SEV.

Bien, pues hicieron muy mal  
las gentes que murmuraron;  
pero yo, que soy tu sangre,  
que llevo tu nombre... vamos,  
¿debi callar?

JULIÁN

¿No, por Dios!  
pero debiste ser cauto,  
y con prudencia, á mi solo,  
hablarme del triste caso,  
y no encender un volcán  
en mi casa y en mi tálamo.  
Pequé sólo por exceso  
de cariño; pero aun cuando  
reconozca yo mi culpa,  
aunque confiese que el daño  
entre el mundo y yo lo hicimos,  
él infamias inventando,  
y yo recogiendo torpe  
los ecos mil del escándalo

SEV.

(Acercándose á él con expresión de interés y cariño.)  
lo que es tú, Julián, estás

JULIÁN

limpio y libre de pecado;  
conque escrúpulos desecha  
y ensancha tu pecho hidalgo.  
No puedo ensanchar mi pecho  
que albergue en mi pecho he dado  
á eso mismo que condenan  
mi entendimiento y mis labios.  
Yo las calumnias del mundo  
con indignación rechazo:  
mienten, digo á voz en cuello,  
y repito, por lo bajo,  
«y si mintiendo no mienten,  
y si aciertan por acaso?»  
De modo que en esta lucha  
de dos impulsos contrarios,  
para los demás soy juez,  
y soy su cómplice en tanto.  
Y en mi mismo me consumo:  
conmigo mismo batallo:  
la duda crece y se ensancha:  
ruge el corazón airado,  
y ante mis ojos de sangre  
se extiende rojizo manto.  
¡Deliras!

SEV.

JULIÁN

No, no deliro;  
el alma te muestro, hermano.  
¿Acaso piensas que Ernesto  
mi casa hubiese dejado  
si yo, con firme propósito  
de oponerme y de estorbarlo,  
cuando él cruzó sus umbrales  
le hubiera salido al paso?  
Se fué, porque allá en el fondo  
de mi espíritu turbado,  
traidora voz resonaba  
diciéndome: «deja franco  
el portillo á la salida,  
y cierra bien en pasando,  
que en fortalezas de honor  
es mal alcaide el confiado.»  
Y en lo interior un deseo,  
y otro deseo en los labios:  
y «vuelve, Ernesto,» en voz alta,

y «no vuelvas,» por lo bajo,  
 a un mismo tiempo, con él,  
 con apariencia de franco,  
 era hipócrita y cobarde,  
 era astuto y era ingrato!  
 No, Severo, no se porta  
 así quien es hombre honrado.

(Se deja caer en el sillón que está junto a la mesa  
 mostrando gran abatimiento.)

SEV. Así se porta quien cuida  
 a esposa de pocos años,  
 y de espléndida hermosura  
 y de espíritu exaltado.

JULIÁN ¡No hables tal de mi Teodora!  
 es espejo que empañamos  
 con nuestro aliento al querer  
 imprudentes acercarnos.  
 ¡La luz del sol reflejaba  
 antes que del mundo airado  
 las mil cabezas de víboras  
 se acercasen a mirarlo!  
 Hoy bullen en el cristal  
 dentro del divino marco:  
 pero sombras son sin cuerpo,  
 ha de espantarlas mi mano,  
 y otra vez verás en él  
 el limpio azul del espacio.  
 Mejor que mejor.

SEV

JULIÁN

SEV.

JULIÁN

No así.

¿Pues qué falta?

¡Falta tanto!

Advierte que estas internas  
 luchas que te he confesado,  
 han hecho de mi carácter  
 otro carácter contrario.  
 Ahora mi esposa me ve  
 siempre triste, siempre huraño;  
 no soy el mismo que he sido,  
 por serlo me esfuerzo en vano;  
 y ella debe preguntarse  
 al observar este can bio:  
 «¿Dónde está Julián, Dios mío?  
 ¿dónde está mi esposo amado?»

«¿Qué hice yo para perder  
 su confianza? ¿Qué villanos  
 pensamientos le preocupan  
 y le arrancan de mis brazos?»  
 Y una sombra entre los dos  
 se va de este modo alzando,  
 que nos separa y aleja  
 lentamente y paso a paso.  
 No ya más dulces confianzas  
 no ya más coloquios plácidos,  
 heláronse las sonrisas,  
 los acentos son amargos,  
 en mí recelos injustos,  
 en Teodora triste llanto,  
 yo herido en mi amor, y en ella  
 heridos y por mi mano,  
 su dignidad de mujer,  
 y su cariño. Así estamos.  
 Pues estamos en camino  
 de perdición. Si tan claro  
 ves lo que pasa, ¿por qué  
 no pones remedio?

SEV.

JULIÁN

Es vano  
 mi esfuerzo. Yo sé que soy  
 injusto de ella dudando;  
 es más, si por hoy no dudo;  
 pero ¿quién dice que al cabo,  
 yo perdiendo poco a poco,  
 y él poco a poco ganando,  
 no será verdad mañana  
 lo que hoy mentira juzgamos?

(Cogiendo por el brazo a don Severo y hablándole con  
 reconcentrada energía y mal contenidos celos.)

Yo, el celoso; yo el sombrío;  
 yo, el injusto; yo, el tirano;  
 y él, el noble, el generoso,  
 siempre dulce y resignado;  
 con la aureola del martirio,  
 que a un mozo apuesto y gallardo  
 sienta tan bien a los ojos  
 de toda mujer, es llano  
 que él lleva la mejor parte  
 en este injusto reparto;

y que gana lo que pierdo,  
sin que pueda remediarlo.  
Esto es lo cierto, no dudes,  
y agrega que con reclamos  
infames, llega traidor  
el mundo á los dos en tanto,  
y aunque dicen con verdad  
»pero si no nos amamos!»  
á fuerza de repetirlo,  
acabarán por pensarlo.

SEV.

Si así estás, mira, Julián,  
yo creo que lo más sano  
es dejar que Ernesto lleve  
to lo su proyecto á cabo.

JULIÁN

SEV.

Pues á estorbárselo vengo.  
Pues eres un insensato.

JULIÁN

¿A Buenos Aires pretende  
marcharse? pues ni de encargo;  
váyase en buque de vela,  
viento fresco y mucho trapo.

Y á los ojos de Teodora  
¿quieres que aparezca ingrato,  
y miserable y celoso?

¿Tú no sabes, pobre hermano,  
que hombre á quien mujer desprecia,  
podrá ser su amante al cabo,  
pero que si lleva nombre  
de esposo, está deshonrado?  
¿Quieres que mi esposa siga,  
á través del mar amargo,  
con el pensamiento triste  
al infeliz desterrado?

¿No sabes que si yo viese  
sobre su mejilla el rastro  
de una lágrima no más,  
y pensase que era el llanto  
por Ernesto, la ahogaría  
entre mis crispadas manos?

(Con reconcentrado furor.)

SEV.

Pues entonces, ¿qué debemos  
hacer?

JULIÁN

Sufrir: que el cuidado  
de preparar desenlace

para este drama está á cargo  
del mundo que le engendró  
solamente con mirarnos;  
tal su mirada es fecunda  
en lo bueno y en lo malo.

SEV.

Presumo que viene gente.

(Acercándose al fondo.)

CRÍA.

No puede tardar el amo.

(Desde dentro, pero sin presentarse.)

## ESCENA III

DON JULIÁN y DON SEVERO; PEPITO, por el fondo

SEV.

¿Tú por aquí?

PEP.

(Aparte.)

(¡Toma, ya  
lo supieron! Me he lucido.)

(En voz alta.)

Pues todos hemos venido:  
adiós, tío: adiós, papá.

(Aparte.)

(Nada: saben lo que pasa.)

(En voz alta.)

¿Conque ustedes... por supuesto,  
buscando vendrán á Ernesto?

SEV.

¿Pues á quién en esta casa?

JULIÁN

¿Y tú estarás al corriente  
de lo que trata ese loco?

PEP.

¿De lo que...? Pues claro: un poco.

¿Sé... lo que sabe la gente.

SEV.

¿Y es mañana cuando...?

PEP.

No:  
mañana se ha de marchar,  
y tiene que despachar  
hoy mismo.

JULIÁN

(Con extrañeza.) ¿Qué dices?

PEP.

¿Yo?

lo que dijo Pepe Uceda  
á la puerta del casino  
ayer noche: y es padrino  
del Vizconde de Nebreda.

Conque si él no acierta... Pero,  
¡miran ustedes de un modo!  
¿Acaso no saben?...

JULIÁN

Todo.  
(Con resolución, previniendo un movimiento de su hermano.)

SEV.

Nosotros...

JULIÁN

(Aparte.) (Calla, Severo.)  
Que parte mañana, oímos, (En voz alta.)  
y que hoy... se juega la vida...  
y a evitar duelo y partida...  
como es natural vinimos...

(En toda esta escena don Julián finge estar enterado del lance para sonsacar á Pepito, aunque claro es que sólo venía por el viaje de Ernesto. Todos los pormenores y accidentes del diálogo quedan encomendados al talento del actor.)

SEV.

(Aparte á don Julián.)  
¿Qué duelo es ese?

JULIÁN

(Aparte á don Severo.) (No sé:  
pero lo sabremos pronto.)

PEP.

(Aparte.)  
(Vamos, pues no he sido un tonto.)

JULIÁN

Nosotros sabemos que...  
con un Vizconde...

PEP.

Sí tal.

JULIÁN

¡Tiene Ernesto concertado  
un duelo!... Nos lo ha contado  
cierta personal formal,  
que lo supo en el instante.

¡Dicen que es grave la cosa!...

(Señas afirmativas de Pepito.)

¡Una riña escandalosa!...

¡Y mucha gente delante!... (Lo mismo.)

¡Que tú mientes!... ¡Que yo miento!

¡y palabras en montón!

PEP.

(Interrumpiendo con el placer y el afán del que sabe más.)

¡Palabras!... ¡un bofetón

más grande que un monumento!

¿Quién á quién?

SEV.

Ernesto al otro.

PEP.

¡Ernesto!... ¿no te enteraste? (A don Severo.)

JULIÁN

Ese Vizconde dió al traste  
con su paciencia. En un potro  
le tuvo... Vamos... de modo...  
que el pobre chico rompió.  
Cabal.

PEP.

JULIÁN

Si te dije yo  
que nos lo han contado todo.

(Con suficiencia.)

¿Y el lance es serio?

(Con ansiedad mal contenida.)

PEP.

Muy serio.

Pena el decirlo me da,  
pero con ustedes ya  
es inútil el misterio.

JULIÁN

¿Con qué objeto, ni á qué fin?...

(Se acercan con ansiedad á Pepito, y éste hace una pausa y se da todo el tono del que comunica una mala noticia.)

PEP.

¡Pues á muerte! (Les mira con aire de triunfo.)

(Movimiento de don Julián y de don Severo.)

Y el Vizconde,

ni se espanta, ni se esconde:

¡y es un gran espadachín!

Y la disputa... ¿por qué?...

á Nebreda se le imputa...

JULIÁN

PEP.

Si casi no hubo disputa...  
yo les diré como fué.

(Pausa; se acercan á Pepito con ansiedad profunda.)

Como Ernesto proyectaba  
dejar mañana Madrid,

por si pasaje en el *Cid*

á tiempo en Cádiz lograba;

y como Luis Alcaraz

prometida le tenía

una carta, que decía

que era de efecto eficaz

como recomendación,

á recogerla se fué

el pobre chico al café

con la mejor intención.

No estaba el otro: le espera:

ninguno allí le conoce,

y prosiguen en el goce

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1620 MONTERREY, MEXICO

sublime de la tijera,  
sin reparar en su faz  
ni en sus dientes apretados,  
unos cuantos abonados  
á la mesa de Alcaraz.  
Venga gente, y caiga gente:  
mano larga y lengua lista:  
¡allí se pasó revista  
á todo bicho viviente!  
Y en medio de aquel cotarro,  
con más humo que echa un tren,  
entre la copa de ojen,  
la ceniza del cigarro,  
y alguno que otro terrón  
de azúcar, allí esparcido,  
quedó el mármol convertido  
en mesa de disección.  
Cada mujer deshonrada,  
una copa de lo añejo;  
cada tira de pellejo  
una alegre carcajada.  
En cuatro tijeretazos  
dejaron aquéllos chicos  
las honras hechas añicos,  
las damas hechas pedazos.  
Y, sin embargo, ¿qué fué,  
ni qué era aquello, en verdad?  
Ecos de la sociedad  
en la mesa de un café.  
Esto no lo digo yo,  
ni lo pienso, por supuesto,  
esto me lo dijo Ernesto  
cuando el lance me contó.  
¡Acaba! ¿No acabarás?  
Por fin, entre nombre y nombre  
el nombre sonó... de un hombre,  
y Ernesto no pudo más.  
«¿Quién se atreve á escarnecer  
á un hombre de honor?» exclama;  
y le responden: «¡La dama!»  
Y nombran una mujer.  
Brotando fuego el semblante  
se arroja sobre Nebreda;

JULIÁN  
PEP.

el pobre Vizconde rueda,  
y es un campo de Agramant:  
aquel centro principal.  
Resumen de la jornada:  
hoy es el duelo, y á espada,  
en un salón. No sé cuál.  
(Cogiéndole por un brazo con furor.)  
¿Y el hombre era yo?

JULIÁN

PEP.

JULIÁN

¡Señor!  
¿Y Teodora la mujer?

¿Dónde fueron á caer  
ella, mi nombre y mi amor!

(Se desploma sobre el sillón, ocultando el rostro entre las manos.)

SEV.

(Aparte á Pepito.)  
(¡Qué has hecho, desventurado!)

PEP.

¿No dijo que lo sabía?

Pues yo... por eso... creía...

JULIÁN

SEV.

JULIÁN

¡Deshonrado! ¡Deshonrado!  
¡Julián! (Acercándose con cariño.)

Es verdad; ya sé  
que es preciso tener calma...  
Pero, ¡ay!, qué me falta el alma  
cuando me falta la fe.

(Cogiendo á su hermano con ansia.)

Pero, ¿por qué de este modo  
nos infaman, cielo santo?

¿Dónde hay razón para tanto  
revolver y echarnos lodo?...

No importa; yo sé cumplir  
como cumple un caballero.

¿Cuento contigo Severo?

SEV.

¿Si cuentas? .. ¡Hasta morir!  
(Se aprietan la mano con energía.)

JULIÁN

PEP.

JULIÁN

¿El duelo? (A Pepito.)

Á las tres.

(Aparte.) (¡Le mato!

¡Si... le mato!) Vamos. (A don Severo.)

SEV.

JULIÁN

SEV.

JULIÁN

¿Dónde?

A buscar á ese Vizconde.

¿Tratas por ventura?...

Trate...  
trato de hacer lo que puedo:

de vengar mi honra ofendida  
y de salvarle la vida  
al hijo de Juan Acedo.

(A Pepito.)

¿Quiénes los padrinos son?

PEP.

Los dos: Alcaraz y Rueda.

JULIÁN

Los conozco. Aquí se queda  
ese, por si hay ocasión...

(Señalando á Pepito.)

y vuelve Ernesto...

SEV.

Entendido.

JULIÁN

Tú, sin inspirar recelo, (A Pepito.)  
averiguas dónde el duelo  
debe ser.

SEV.

Ya lo has oído.

JULIÁN

Ven. (A su hermano.)

SEV.

Julián, ¿qué tienes?

JULIÁN

¡Gozo  
como ha mucho no senti!

(Cogiéndole el brazo nerviosamente.)

SEV.

¿Qué diablo, no estás en tíl

¿Gozo?

JULIÁN

De ver á ese mozo.

SEV.

¿A Nebreda?

JULIÁN

Sí: repara  
que hasta hoy la calumnía fué  
impalpable, y no logré  
ver cómo tiene la cara.

¡Y al fin sé dónde se esconde:

al fin tomé cuerpo humano:

y se me viene á la mano

bajo forma de un Vizconde!

Devorando sangre y hiel

tres meses, ¡por Belcebú!

Y ahora... figúrate tú...

¡frente á frente yo con él!

(Salen por el fondo don Julián y don Severo.)

## ESCENA IV

PEPITO

¡Pues, señor, vaya un enredol  
y un enredo sin motivo.  
Aunque también fué locura,  
por más que diga mi tío,  
poner bajo el mismo techo,  
casi en contacto continuo,  
á una niña como un sol  
y á Ernesto, que es guapo chico,  
con un alma toda fuego  
y dado al romanticismo.  
El perjura que no hay nada,  
que es un afecto purísimo,  
que como hermana la quiere,  
y que es su padre mi tío;  
pero yo que soy muy zorro,  
y que, aunque joven, he visto  
muchas cosas en el mundo,  
de hermanazgos no me fio,  
cuando los hermanos son  
tan jóvenes y postizos.  
Mas supongamos que sea  
como dicen su cariño:  
la gente, ¿qué entiende de eso?  
¿Qué obligación han suscrito  
para pensar bien de nadie?  
¿No los ven siempre juntitos  
en el teatro, en el paseo,  
y á veces en el Retiro?  
Pues el que los vió, los vió,  
y como los vió, lo dijo.  
«Que no», me juraba Ernesto;  
que «casi nunca» han salido  
de ese modo. ¿Fué una vez?  
Pues basta. Si les han visto  
cien personas ese día,  
es para el caso lo mismo  
que haberse mostrado en público,

no en un día, en cien distintos.  
Señor, ¿ha de hacer la gente  
información de testigos  
y confrontación de fechas  
para averiguar si han sido  
muchas veces ó una sola  
cuando pasearon juntitos  
su simpatía purísima  
y su fraternal cariño?

Esto ni es serio ni es justo,  
y además fuera ridículo.  
Lo que vieron dicen todos,  
y no mienten al decirlo.  
Les ví una vez.—Otra yo.  
Una y una, dos: de fijo.  
Y yo también.—Ya son tres.  
Y ese, cuatro; y aquél, cinco.  
Y de buena fe sumando  
se llega hasta lo infinito.  
Y vieron, porque miraron,  
y en fin, porque los sentidos  
son para usados á tiempo,  
sin pensar en el vecino.  
Que él se ocupe de lo suyo,  
y recuerde que, en el siglo,  
el que quita la ocasión,  
quita calumnia y peligro.

(Pequeña pausa.)

Y cuidado, que concedo  
la pureza del cariño,  
y este es asunto muy grave;  
porque á mis solas cavilo,  
que estar cerca de Teodora  
y no amarla es ser un risco.  
El será sabio, y filósofo,  
y matemático, y físico,  
pero tiene cuerpo humano  
y la otra cuerpo divino,  
y basta *corpo di baco*,  
para cuerpo de delito.  
¡Si estas paredes hablasen!  
¡si los pensamientos íntimos  
de Ernesto forma tangible

tomasen, aquí esparcidos!..  
Vamos á ver, por ejemplo,  
aquel marco está vacío,  
y en el otro don Julián  
luce su semblante típico.  
Antes estaba Teodora  
*pendant* haciendo á mi tío:  
¿por qué su fotografía  
habrá desaparecido?  
¿Para evitar tentaciones?  
(Sentándose junto á la mesa.)  
¡Si esta es la causa, malísimo!  
Y peor si dejó el cuadro  
para mejorar de sitio,  
y cerca del corazón  
buscar misterioso abrigo.  
Vamos á ver, ¡acusad  
de la sospecha, diablillos  
que flotais por el espacio  
tejiendo invisibles hilos!  
¡acusad sin compasión  
á ese filósofo místico!

(Mirando á la mesa y observando al «Inferno del Dante.»)

Y esta es otra: ni una vez  
á ver á Ernesto he venido  
que en su mesa no encontrase  
abierto este hermoso libro.  
«Dante: *Divina Comedia*,» (leyendo.)  
su poema favorito.

Y no pasa del pasaje  
(Mirando otra vez.)  
de Francesca, por lo visto.  
Tiene dos explicaciones  
el caso: ya lo concibo.

O que Ernesto no lee nunca,  
ó que siempre lee lo mismo.  
Pero aquí noto una mancha:  
como si hubiese caído  
una lágrima. ¡Señor,  
qué misterios y qué abismos!  
¡y qué difícil es ser  
casado y vivir tranquilo!

¿Un papel hecho ceniza?

(Recogiéndolo de la mesa ó del suelo.)

No, que aún queda algún vestigio.

(Se levanta y se acerca al balcón, procurando leer en el pedazo de papel. En este momento entra Ernesto y se detiene observándole.)

### ESCENA V

PEPITO Y ERNESTO

ERN. ¿Qué estás mirando?

PEP. ¡Hola, Ernesto!

Pues... un papel que flotaba...  
el aire se lo llevaba...

ERN. (Tomándolo y devolviéndoselo después de un instante de observación.)

No recuerdo lo que es esto.

PEP. Eran versos. Tú sabrás.

(Leyendo, pero con dificultad.)

«El fuego que me devora.»

(Aparte.)

(Pues consonante á Teodora.)

ERN. Cualquier cosa.

PEP. (Desistiendo de leer.) Y nada más.

ERN. Nuestra vida simboliza  
ese papel sin valor:  
unos gritos de dolor  
y unos copos de ceniza.

PEP. ¿Pero fueron versos?

ERN. Sí.

A veces no sé qué hacer:  
dejo la pluma correr...  
y anoche los escribí.

PEP. Y para ayudar al estro  
y ponerte en situación  
¿buscabas inspiración  
en el libro del maestro?

ERN. Me parece...

PEP. No hay que hablar:

es una obra gigantesca.  
Episodio de Francesca. (Señalando el libro.)

ERN. (Con ironía é impaciencia.)

Hoy estás para acertar.

PEP. No en todo, por Belcebú:

ahí mismo, donde está abierto,

algo dice que no acierto,

y que has de explicarme tú.

Leyendo un libro de amor

por pasatiempo tan sólo,

diz que Francesca y Paolo

llegaron donde el autor

gallardamente celebra,

demonstrando no ser zote,

amores de Lanzarote

y de la reina Ginebra.

Tal fuego para tal roca:

trajo un beso el libro aquel,

y un beso le dió el doncel,

loco de amor, en la boca.

Y en tal punto y ocasión,

el poeta florentino,

con acento peregrino

y sublime concisión,

dice lo que aquí hallarás

(Señalando el libro.)

y lo que yo no alcancé,

que Galeoto el libro fué

y que no leyeron más.

¿No leyeron? Entendido,

y no está mi duda ahí.

Pero ese Galeoto, di,

¿por qué sale y quién ha sido?

Y tú lo debes saber:

es el título del drama

(Señalando unos papeles que se supone que son el

drama.)

que escribiste y tanta fama

te ha de dar. Vamos á ver.

(Coge el drama y lo examina.)

De la reina y Lanzarote

fué Galeoto el medianero,

y en amores, *el tercero*,

puede llamarse por mote,

y con verdad, *el Galeoto*;

ERN.

sobre todo si se quiere  
evitar nombre que hiere,  
y con él un alboroto.

PEP. Bueno: justo; lo concibo;  
¿pero no hay en castellano  
nombre propio y á la mano?

ERN. Muy propio y muy expresivo.  
Este oficio que en doblones  
convierte las liviandades,  
y concierta voluntades,  
y se nutre de aficiones,  
nombre tiene y yo lo sé,  
pero es ponerme en un brete  
hacer que diga... y concrete  
(Señalando el drama.)  
lo que al cabo no diré.

(Le arranca el drama y le arroja sobre la mesa.)

En cada caso especial,  
uno especial también noto,  
pero á veces es Galeoto  
toda la masa social.

Obra entonces sin conciencia  
de que ejerce tal oficio  
por influjos de otro vicio  
de muy distinta apariencia;  
pero tal maña se da  
en vencer honra y pudor,  
que otro Galeoto mayor  
ni se ha visto ni verá.

Un hombre y una mujer  
viven felices y en calma,  
cumpliendo con todo el alma  
uno y otro su deber.

Nadie repara en los dos,  
y va todo á maravilla;  
pero esto en la heroica villa  
dura poco, ¡vive Dios!

Porque ocurre una mañana  
que les miran al semblante,  
y ya, desde aquel instante,  
ó por terca, ó por villana,  
se empeña la sociedad,  
sin motivo y sin objeto,

en que ocultan un secreto  
de impureza y liviandad.  
Y ya está dicho y juzgado:  
no hay razón que les convenza,  
ni hombre existe que les venza,  
ni honra tiene el más honrado.  
Y es lo horrible de esta acción  
que razón al empezar  
no tienen, y al acabar  
acaso tienen razón.

¡Porque atmósfera tan densa  
á los miseros circunda,  
tal torrente los inunda,  
y es la presión tan intensa,  
que se acercan sin sentir  
y se ligan sin querer,  
se confunden al caer,  
y se adoran al morir!  
El mundo ha sido el ariete  
que virtudes arruinó:  
él la infamia preparó:  
fué Galeoto y...

(Aparte.) ¡Vete, vete,  
pensamiento de Satán,  
que tu fuego me devora!

PEP. (Aparte.)  
(Si discurre así Teodora,  
¡Dios proteja á don Julian!)

(En voz alta.)  
¿Y acaso sobre ese tema  
fueron los versos de anoche?  
Ciertamente.

ERN. ¡Qué derroche  
PEP. su tiempo con esa flema,  
y que esté... así... tan sereno...  
sin ocuparse de nada  
quien ha de cruzar su espada  
muy pronto sobre el terreno  
con Nebreda, que, en rigor,  
con un florete en la mano  
es mucho hombre! ¿No es más sano  
y no te fuera mejor  
preparar un golpe recto

ó una parada en tercera  
que exprimerte la mollera  
sobre tal verso incorrecto,  
ó sobre tal consonante  
declarado en rebeldía?  
¿Con toda tu sangre fría,  
no piensas que estar delante  
del Vizconde es serio?

ERN.

No.

Y en buena razón me fundo.  
Si le mato, gana el mundo:  
si me mata, gano yo.

PEP.

¡Bueno! mejor es así.

ERN.

No hablemos más del asunto.

PEP.

(Aparte.)

(Ahora con maña pregunto...)

¿Y es hoy mismo?

(Acercándose a él y en voz más baja.)

ERN.

Hoy mismo; sí.

PEP.

¿Vais á las afueras?

ERN.

No.

No era posible á tal hora.  
Un lance que nadie ignora...

PEP.

¿En alguna casa?

ERN.

Yo

lo propuse.

PEP.

¿Dónde?

ERN.

Arriba.

(Todo esto con frialdad é indiferencia.)

Un cuarto desalquilado:  
gran salón: luz de costado...

Sin que nadie lo perciba,  
mejor sitio que da un cerró,  
para el caso que se trata,  
nos da un puñado de plata.

PEP.

¿Y ya sólo falta?

ERN.

¡Hierro!

PEP.

Hablan fuera... gente viene...

(Acercándose al fondo.)

¿Los padrinos? (A Ernesto.)

ERN.

Podrá ser.

PEP.

Parece voz de mujer... (Asomándose á la puerta.)

ERN.

¿Pero por qué les detiene?

(Acercándose también.)

## ESCENA VI

ERNESTO, PEPITO y un CRIADO

CRIA.

(Con cierto misterio.)

Preguntan por el señor.

PEP.

¿Quién pregunta?

CRIA.

Una señora.

ERN.

Es extraño.

PEP.

¿Pide? (En voz baja al Criado.)

CRIA.

(Lo mismo á Pepito.) Lloro.

PEP.

¿Es joven? (En voz alta.)

CRIA.

Pues en rigor

yo no lo puedo decir:

la antesala es muy oscura,

y la señora procura

de tal manera cubrir

la cara, que el percibirla

ya es empresa y ya es trabajo,

y habla tan bajo, tan bajo,

que no hay manera de oirla.

ERN.

¿Quién será?

PEP.

Quien quiere verte.

ERN.

No adivino...

PEP.

(Aparte.) (Está perplejo.)

Oye, á tus anchas te dejo

un abrazo y buena suerte.

(Dándole un abrazo y tomándolo el sombrero.)

¿Qué esperas, bobalicón? (Al Criado.)

CRIA.

Que mande el señor que pase.

PEP.

En asuntos de esta clase

se adivina la intención.

Y después, hasta el momento

en que salga la tapada,

no abras la puerta por nada,

aunque se hunda el firmamento.

CRIA.

¿Conque la digo que sí?

ERN.

Bueno. Adiós.

(A Pepito que está ya en la puerta.)

PEP.

Adiós, Ernesto.

(Salen él y el Criado por el fondo.)

ERN. ¿Una dama?... ¿Qué pretexto?...  
¿O qué razón?

(Pausa: en este momento se presenta en la puerta del fondo, y en ella se detiene, cubriéndose con un velo, Teodora.)

Ya está aquí.

ESCENA VII

TEODORA y ERNESTO. Ella en el fondo, sin atreverse a avanzar: él en primer término volviéndose hacia ella

ERN. Usted hablarme deseó:  
si usted se digna, señora...

(Invitándole a que pase.)

TEOD. Perdón, Ernesto. (Levantando el velo.)

ERN. ¿Teodora!

TEOD. Hago mal, ¿no es cierto?

ERN. (Cortado y balbuciente.) Yo...

no lo sé... porque yo ignoro...

honra tal a qué debí...

¿Pero qué digo? ¡ay de mí!

¡si en mi casa su decoro

ha de hallar respeto tal...

que ya más no puede ser! (Con exaltación.)

¿por qué, señora, temer

que en ello pueda haber mal?

TEOD. Por nada... y un tiempo ha sido,

¡que para siempre ha pasado!

en que ni hubiera dudado,

ni hubiera, Ernesto, temido;

en que cruzara un salón

cualquiera de usted cogida,

sin la frente enrojecida,

sin miedo en el corazón;

en que al partir de aquí...

como dicen que mañana,

á la tierra americana

parte usted... yo misma... si...

como aquellos que se van...

acaso no han de volver...

como es tan triste perder...  
un amigo ante Julián...  
ante el mundo... conmovida...  
pero sin otro cuidado...  
yo misma... le hubiera dado...  
¡los brazos por despedida!

ERN. (Hace un movimiento, luego se detiene.)

¡Ah, Teodora!

TEOD. Pero ahora...  
presumo que no es lo mismo.  
Hay entre ambos un abismo.

ERN. Tiene usted razón, señora.

Ya no podemos querernos  
ni siquiera como hermanos:  
ya se manchan nuestras manos  
si se aproximan al vernos.  
Lo que ha sido ya se fué:  
es necesario vencerse,  
es preciso aborrecerse.

TEOD. (Con ingenuidad y angustia.)

¡Aborrecernos! ¿por qué?

ERN. ¡Yo aborrecerla! ¿tal dije?

¿á usted, pobre niña?

TEOD. Sí.

ERN. No haga usted caso de mí,  
y si la ocasión lo exige,  
y mi vida ha menester,  
mi vida, Teodora, pida,  
que dar por usted la vida  
será (Con pasión.)

(Transición: conteniéndose y cambiando de tono.)

cumplir un deber.

(Pequeña pausa.)

¡Aborrecer! Si mis labios  
dijeron palabra tal,  
fué que pensaba en el mal,  
que pensaba en los agravios  
que sin querer hice yo  
a quien tanto bien me hacía.  
Usted, Teodora, debía  
aborrecerme, yo... no.

TEOD. (Con tristeza.)

Mucho me han hecho llorar:

razón tiene usted en esto;  
 (Con mucha dulzura.)  
 pero a usted... a usted, Ernesto,  
 yo no le puedo acusar.  
 Ni pensando sin pasión  
 hay nadie que le condene:  
 porque usted ¿qué culpa tiene  
 de tanta murmuración,  
 ni del ponzoñoso afán  
 que muestra ese mundo impío,  
 ni del carácter sombrío  
 de nuestro pobre Julián?  
 de su enojo, que es dolor:  
 de su acento, que me hiere:  
 ¿de la pena conque muere,  
 porque duda de mi amor!  
 ¡Eso es lo que no concibo,  
 y en él aun menos que en otro:  
 lo que me pone en un potro:  
 lo que juro por Dios vivo  
 que no es digno de mereed  
 ni hay pretexto que lo escude:  
 que exista un hombre que dude  
 de una mujer como usted!  
 (Con profunda ira.)

ERN.

TEOD.

ERN.

¡Bien paga su duda fiera  
 mi Julián!  
 (Espantado de haber acusado á don Julián delante de Teodora.)

¿Qué digo yo?  
 ¿Yo acusarle?... ¡No!... Dudo  
 (Apresurándose para disculpar á don Julián y para borrar el efecto de lo que dijo.)  
 como dudara cualquiera:  
 como duda quien adora:  
 si no hay cariño sin celos;  
 ¡hasta del Dios de los cielos  
 hay quienes dudan, Teodora!  
 Es terrenal egoísmo:  
 es que el dueño de un tesoro  
 guarda su oro porque es oro  
 y teme por él. Yo mismo,  
 si por arte sobrehumano

consiguiera hacerla mía,  
 ¿dudaría!... ¿dudaría!...  
 ¡hasta de mi propio hermano!  
 (Con creciente exaltación: de repente se detiene al observar que otra vez, y por distinto lado, va a caer en el mismo abismo de que antes huyó. Teodora en este mismo instante oye voces hacia la puerta del fondo y se dirige á ella.)

(Aparte.)

(¿A dónde vas, corazón?  
 ¿qué hay en tu seno profundo?  
 ¿dices que calumnia el mundo,  
 y tú le das la razón!)

TEOD.

ERN.

TEOD.

ERN.

TEOD.

ERN.

Escuche usted... gente viene...  
 Las dos apenas...  
 (Acercándose al fondo.) ¿Serán?...  
 (Con cierto terror.)  
 ¡Esa es la voz de Julián!...  
 ¡Entrará!

No... se detiene...

(Lo mismo, como preguntando á Ernesto.)  
 Si es Julián...  
 (Hace un movimiento para dirigirse á la puerta de la derecha. Ernesto la detiene respetuosa pero energicamente.)

Si es él, aquí;  
 nuestra lealtad nos escuda.  
 Si es... esa gente que duda,  
 entonces, Teodora, allí.  
 (Señalando la puerta de la derecha.)  
 Nada... Nada... (Escuchando.)

TEOD.

ERN.

TEOD.

ERN.

TEOD.

¡El corazón  
 me salta!

No hay que dudar,  
 marchóse quien quiso entrar,  
 ó todo fué una ilusión.  
 (Y viniendo al primer término.)  
 ¡Por Dios, Teodora!...

(Lo mismo.) Tenía  
 que hablar con usted, Ernesto,  
 y el tiempo pasa tan presto...  
 ¡Vuela el tiempo!

Y bien, decía...

ERN. Teodora... perdón le pido;  
pero... acaso no es prudente...  
si llegase gente .. y gente  
debe llegar...

TEOD. He venido  
precisamente por eso...  
para evitarle...

ERN. ¿De modo?

TEOD. De modo que lo sé todo  
y que me horroriza el peso  
de esa sangre que por mí  
quieren ustedes verter:  
la siento en mi sangre arder,  
¡la siento agolparse aquí!  
(Oprimiéndose el pecho.)

ERN. ¡Porque afrentada se esconde,  
afrentada y encendida,  
hasta que arranque la vida  
yo por mi mano al Vizconde!  
¿Lodo quiso? ¡Tendrá todo  
de sangre!

TEOD. (Con espanto.) ¿Su muerte?

ERN. Sí.

(Reprimiendo un movimiento de súplica de Teodora.)

Usted dispone de mí,  
conmigo lo puede todo:  
todo, con una excepción:  
¡Ha de lograr que yo sienta,  
recordando aquella afrenta,  
por Nebreda compasión!

TEOD. (Con acento lloroso y suplicante.)  
¿Y por mí?

ERN. ¿Por usted?

TEOD. Sí;  
¡será el escándalo horrible!

ERN. Es posible.

TEOD. ¿Que es posible?

¡Y lo dice usted así,  
sin procurar evitarlo,  
cuando yo misma intercedo!

ERN. Evitarlo yo no puedo,  
pero puedo castigarlo.  
Esto pienso, y esto digo,

y esto corre de mi cuenta;  
otros buscaron la afrenta,  
pues yo buscaré el castigo.

TEOD. (Acercándose a él y en voz baja: como temiendo oírse  
a sí misma.)

¿Y Julián?

ERN. ¿Julián? ¿Y bien?...

TEOD. ¡Si lo sabe!

ERN. ¡Lo sabrá.

TEOD. ¿Y qué dirá?

ERN. ¿Qué dirá?

TEOD. ¿Que en mi defensa... que quién...  
pudo mostrar su valor...

ERN. sino mi esposo que me ama?

¿En defensa de una dama?

Cualquiera que tenga honor.

Sin conocerla: sin ser

pariente, amigo, ni amante:

con escuchar es bastante

que insultan a una mujer.

¿Qué por qué a ese duelo voy?

¿Qué por qué la defendí?

¡Porque la calumnia oí,

y porque yo soy quien soy!

¿Quién hay que defensas tase

ni tal derecho repese?

¿No estaba yo? ¡Pues quien fuese,  
el primero que llegase!

TEOD. (Que le ha oído atentamente y como dominada por el  
acento enérgico de Ernesto, se acerca a él y le estre-  
cha la mano con efusión.)

¡Eso es noble y es honrado,  
y es digno de usted, Ernesto!..

(Se detiene, se aleja de Ernesto y dice tristemente lo  
que sigue.)

Pero mi Julián con esto,  
Ernesto, queda humillado.

(Con profunda convicción.)

¿El humillado?

TEOD. Sí a fe.

ERN. ¿Por qué razón?

TEOD. Sin razón.

ERN. ¿Quién lo dirá?

TEOD. La opinión  
de todos.

ERN. Pero, ¿por qué?  
TEOD. Cuando llegne hasta la gente  
que un insulto he recibido  
y que mi esposo no ha sido  
quien ha dado al insolente  
su castigo... y además,

(Bajando la voz y la cabeza y huyendo la mirada de Ernesto.)

que usted su puesto ha tomado,  
sobre el escándalo dado  
habrá otro escándalo más.

ERN. (Convencido pero protestando.)  
Si en lo que hayan de decir  
hay que pensar para todo,  
¡vive Dios! que ya no hay modo  
ni manera de vivir.

Pero es como digo yo.

ERN. Es así; pero es horrible.

TEOD. ¡Pues ceda usted!

ERN. ¡Imposible!

TEOD. ¡Yo se lo suplico!

ERN. No.

Y bien mirado, Teodora,  
más vale que ante Nebreda,  
suceda lo que suceda,  
que lo que ha de ser se ignora,  
acuda yo; porque, al fin,  
á ese Vizconde malvado,  
lo que le falta de honrado  
le sobra de espadachín.

TEOD. (Algo herida de la especie de protección un tanto humillante que Ernesto dispensa á don Julián.)  
Corazón tiene también  
mi esposo.

ERN. ¡Suerte fatal!...  
O yo me explico muy mal,  
ó usted no me entiende bien.  
Yo conozco su valor;  
pero entre hombres de coraje,  
cuando hav un sangriento ultraje  
á la fama ó al honor,

no se puede adivinar  
lo que puede suceder:  
ni quién llegará á caer,  
ni quién logrará matar.  
Y si ese hombre, en conclusión,  
vence en el lance funesto,  
entre don Julián y Ernesto  
no es dudosa la elección.

(Con sinceridad, pero con tristeza.)

TEOD. (Con verdadera angustia.)

¿Usted?... ¡Eso no!... ¡Tampoco!

ERN. ¿Por qué? Si esa es mi suerte...  
Nadie pierde con mi muerte,  
y yo mismo pierdo poco.

TEOD. (Casi sin poder contener el llanto.)

¡No diga usted esto, por Dios...

ERN. ¿Pues qué dejo yo en el mundo?  
¿Qué amistad, qué amor profundo?

¿Qué mujer seguirá en pos  
de mi cadáver llorando  
con llanto de enamorada?...

TEOD. (Sin poder contener las lágrimas.)

Toda la noche pasada...

por usted estuve rezando...

y dice usted que ninguno...

¡Yo no quiero que usted muera!

(Con explosión.)

ERN. ¡Ah!... ¡Se reza por cualquiera!

¡Sólo se llora por uno! (Con pasión.)

TEOD. ¡Ernesto!... (Con extrañeza.)

ERN. (Asustado de sus propias frases.)

¿Qué?

TEOD. (Separándose de él.) Nada...

ERN. (Con timidez bajando la cabeza y huyendo también de Teodora.)  
Sí...

si ya lo dije hace rato,  
que yo soy un insensato...  
no haga usted caso de mí.

(Pausa: quedan silenciosos, pensativos: lejos uno de otro y sin osar mirarse.)

TEOD. ¡Otra vez! (Señalando hacia el fondo.)

ERN. (Siguiendo el movimiento de Teodora.)

¡Gente ha venido!...

TEOD. (Acercándose al fondo y prestando oído.)  
Y quieren entrar...

ERN. (Lo mismo.) No hay duda.  
¡Allí, Teodora!... (Señalándole el cuarto.)

TEOD. Me escuda  
mi honor!

ERN. Si no es su marido.

TEOD. ¡No es Julián!

ERN. No.  
(Llevándola a la derecha.)

TEOD. Yo esperaba...  
(Deteniéndose junto a la puerta y suplicante.)  
Renuncie usted á ese duelo.

ERN. Si he llegado ¡vive el cielo!  
á su rostro...

TEOD. ¡Lo ignoraba!...  
(Con desesperación; pero comprendiendo que todo  
arreglo es imposible.)  
¡Pues huya usted!

ERN. Que huya yo!

TEOD. ¡Por mí! ¡por él! ¡por Dios vivo!

ERN. Odiarme... sí... ¡lo concibo!  
¡Pero despreciarme!... ¡no!  
(Con desesperación.)

TEOD. Una palabra no más.  
¿Vienen por usted?

ERN. No es hora.

TEOD. ¿Lo jura usted?

ERN. Sí, Teodora.  
¿Me aborrece usted?

TEOD. ¡Jamás!

PEP. (Desde fuera.)  
Nada... ¡verle necesito!...

ERN. ¡Pronto!

TEOD. Sí. (Entra por la derecha.)

PEP. ¿Quién se me opone?

ERN. ¡Ah! la calumnia se impone  
y hace verdad el delito.

## ESCENA VIII

ERNESTO y PEPITO. Este por el fondo, sin sombrero y profundamente agitado

PEP. ¡Vete al infierno!... ¡entraré!  
¡Ernesto!... ¡Ernesto!...

ERN. ¿Qué pasa?

PEP. Yo no sé cómo decirlo...  
y es necesario...

ERN. Pues habla.

PEP. ¡La cabeza me da vueltas!  
¡Jesús! ¡Jesús! ¡quién pensara!  
Pronto y claro, ¿qué sucede?

ERN. ¿Qué sucede? ¡una desgracia!

PEP. Supe don Julián el duelo;  
(Muy rápido.)  
vino á buscarte, no estabas:  
se fué á ver á tus padrinos  
y todos juntos á casa  
del Vizconde.

ERN. ¿De Nebreda?

PEP. ¿Pero cómo?  
¡Vaya en gracia!  
Como quiso don Julián,  
que era tromba que arrastraba  
voluntades, conveniencias,  
todo, todo...

ERN. ¡Sigue! ¡acaba!

PEP. (Separándose de Ernesto y acercándose al fondo.)  
Ya suben...

ERN. ¿Quiénes?

PEP. Pues ellos...  
Le traen en brazos... (Asomándose.)  
¡Me espanta  
lo que dices!... ¡Sigue!... ¡pronto!  
(Cogiéndole con violencia y trayéndole al primer término.)

PEP. Le obligó á batirse: nada,  
no hubo medio: y el Vizconde  
dijo, «pues los dos», y á casa:

á la tuya... don Julián  
sube: tu fámulo arranca  
la puerta y jura que tú  
con una señora estabas  
y que no entra nadie, nadie.  
¿Y entonces?

ERN.  
PEP.

Don Julián baja  
diciendo: «Mejor, á mi  
por entero la jornada.»  
Y él, Nebreda, los padrinos,  
mi padre y yo que llegaba,  
arriba todos... ya sabes...

ERN.  
PEP.

¿Y se han batido?  
¡Con rabia!  
¡con furor! como dos hombres  
que van buscando con ansia  
un corazón que aborrecen  
tras la punta de una espada.  
¿Y don Julián?... ¡No!... ¡mentira!  
Ya están aquí.

ERN.  
PEP.

¡Calla! ¡calla!

ERN.

¡d! quién es... y dilo bajo!

PEP.

Por acá.  
(Se presentan en el fondo don Julián, don Severo y Rueda. Traen á don Julián mal herido entre los otros dos. El orden de izquierda á derecha es: don Severo don Julián, Rueda.)

ERN.

¡Jesús me valga!

### ESCENA IX

ERNESTO, DON JULIÁN, DON SEVERO, PEPITO Y RUEDA

ERN.

¡Don Julián!... ¡mi bienhechor!  
¡mi amigo!... ¡mi padre!  
(Precipitándose á su encuentro llorando.)

JULIÁN

(Con voz débil.) Ernesto...

ERN.

¡Maldito yo!

SEV.

Vamos presto.

ERN.

¡Padre!

SEV.

Le vence el dolor.

ERN.

¡Por mí!...

JULIÁN

No es cierto...

ERN.

¡Por mí!...

¡perdón!

(Cogiéndole la mano á don Julián por el lado de la derecha, y arrodillándose é inclinándose.)

JULIÁN

No lo has menester.

Cumpliste con tu deber:  
yo con mi deber cumpli.

SEV.

¡Un lecho! (Suelta á don Julián: le sustituye Pepito.)

PEP.

(Señalando la puerta de la derecha.)

¡Vamos á entrar!

ERN.

¡Nebreda! (Con acento terrible.)

SEV.

No más locura,

¿ó es que quieres por ventura  
acabarlo de matar?

ERN.

¡Locura!... ¡Veremos! ¡Oh! (Frenético.)

¡Vengan dos... es mi derecho!

(Precipitándose hacia el fondo.)

SEV.

(Dirigiéndose á la derecha.)

A tu alcoba, y en tu lecho...

(Ernesto que ya estaba en el fondo, se detiene espantado.)

ERN.

¿A dónde?

SEV.

Adentro.

PEP.

¡Sí!

ERN.

¡No!

(Se precipita y cubre la puerta con su cuerpo. El grupo que conduce á don Julián casi desfallecido, se detiene mostrando asombro.)

SEV.

¿Tú le niegas?...

PEP.

¡Estás loco!

SEV.

¡Aparta!... ¿No ves?... ¡se muere!

JULIÁN

¡Pero qué dice!... ¡no quiere!...

(Incorporándose y mirando con mezcla de asombro y espanto á Ernesto.)

RUEDA

¡No comprendo!

PEP.

¡Yo tampoco!

ERN.

¡Está muriendo!... ¡y me implora!...

¡y duda!... ¡padre!...

SEV.

¡Ha de ser!

(Por encima del hombro de Ernesto empuja la puerta: Teodora se presenta.)

ERN. } ¡Jesús!  
 Sev. }  
 y PEP. } ¡Ella!  
 RUEDA }  
 TEOD. } ¡Una mujer!  
 (Precipitándose sobre él y abrazándole.)  
 ¡Mi Julián!  
 (Separándose para mirarla y por un violento esfuerzo  
 poniéndose en pie y desprendiéndose de todos.)  
 ¿Quién es? ¡¡Teodora!!  
 (Cae sin sentido en tierra.)

JULIÁN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

## ACTO TERCERO

La misma decoración del primer acto; en vez del sofá, una butaca.—  
 Es de noche: un quinqué encendido sobre la mesa

### ESCENA PRIMERA

PEPITO escuchando en la puerta de la derecha, segundo término;  
 después viene al centro

Al fin la crisis pasó,  
 ó al menos no se oye nada.  
 ¡Pobre don Julián! Muy grave,  
 muy grave. De la balanza  
 está en el fiel su existencia:  
 á un lado la muerte aguarda,  
 y al otro lado otra muerte,  
 ¡la del honor, la del alma!  
 Dos abismos más profundos  
 que un amor sin esperanza.  
 ¡Diablo! que me voy volviendo,  
 con las tragedias de casa,  
 más romántico que el otro  
 con sus coplas y sus tramas.  
 ¡Qué! ¡si tengo la cabeza  
 hecha toda un panorama  
 de escándalos, desafíos,  
 muertes, traiciones é infamias!  
 ¡Jesús, qué día! ¡y qué noche!  
 ¡y lo peor es lo que falta! (Pequeña pausa.)

¡Vamos, que también ha sido  
imprudencia temeraria  
en tal estado sacarle...  
y traerle...! ¡Pero vaya!  
¿Quién a mi tío se opone  
cuando entre las dos arcadas  
poderosas de sus cejas  
una idea se le graba?  
Y hay que darle la razón:  
ninguna persona honrada,  
teniendo un soplo de vida,  
en tal caso y en tal casa  
se hubiera quedado. Y él  
es hombre de temple y alma.  
¿Quién viene?... (Acercándose al fondo.)  
Mi madre. Sí.

## ESCENA II

PEPITO y DOÑA MERCEDES, por el fondo

MERC. ¿Y Sever?  
PEP. No se aparta  
ni un momento de su hermano.  
Mucho pensé que le amaba;  
pero a tanto no creí  
que su cariño llegara.  
¡Si sucede lo que temol...

MERC. ¿Y tu tío?  
PEP. Sufre y calla.  
Algunas veces, «¡Teodora!»  
dice con voz ronca y áspera;  
«¡Ernesto!» dice otras veces,  
y entre las manos la sábana  
arruga. Después se queda  
inmóvil como una estatua,  
en el espacio vacío  
fija tenaz la mirada,  
y helado sudor de muerte  
su frente copioso baña.  
Dé pronto la calentura

vigor le presta: en la cama  
se incorpora: escucha atento:  
dice que *ella* y *él* le aguardan:  
se arroja, quiere venir,  
y solo a fuerza de lágrimas  
y de súplicas, mi padre  
consigue calmar sus ansias.  
¿Calmar? No: ¡que por sus venas  
lleva su sangre abrasada,  
las iras del corazón,  
del pensamiento los llamas!  
Vamos, madre, que da angustia  
ver la contracción amarga  
de su boca: ver sus dedos  
crispados como dos garras,  
y aquel cabello en desorden  
y aquellas pupilas anchas,  
que parece que codician  
y beben desesperadas  
todas las sombras que flotan  
alrededor de la estancia.  
¿Y tu padre al verle?...

MERC.  
PEP.

¡Gime  
y jura tomar venganza  
y también dice «¡Teodora!»  
y también «¡Ernesto!» clama.  
¡Quiera Dios no los encuentre,  
porque si los encontrara,  
quién sus enojos disipa,  
quién sus furores ataja!  
Tu padre es muy bueno.

MERC.  
PEP.

Mucho;  
pero con un genio, ¡vaya!...  
Eso sí; muy pocas veces,  
muy pocas veces se enfada:  
pero como llegue el caso...  
¡Es un tigre de Bengala!...  
salvo el respeto debido.  
Siempre con razón sobrada.  
No sé si siempre la tiene;  
pero esta vez no le falta.  
¿Y Teodora?

MERC

Arriba queda.

Quiso bajar... ¡y lloraba!...  
¡Una Magdalena!...

PEP.

¡Ya!

MERC.

¡Arrepentida ó liviana?  
¡No digas eso, infeliz!  
¡Si es una niña!

PEP.

Que mata,  
inocente y candorosa,  
dulce, purísima y mansa,  
á don Julián. De manera  
que si vale tu palabra,  
y es una niña, y tal hace  
casi al borde de la infancia,  
deja los años correr  
y Dios nos tenga en su gracia.  
Ella casi no es culpable.  
tu amiguito, el de los dramas,  
el poeta, el soñador...  
¡el infame! fué la causa  
de todo.

MERC.

PEP.

Si no lo niego.

MERC.

¿Y por dónde anda?

PEP.

¡Pues anda!...

Ernesto á estas horas corre  
por las calles y las plazas,  
huyendo de su conciencia  
y sin poder evitarla.  
Pero ¿la tiene?

MERC.

PEP.

Es posible.

MERC.

¡Qué tristezas!

PEP.

¡Qué desgracia!

MERC.

¡Qué desengaño!

PEP.

¡Cruel!

MERC.

¡Qué traición!

PEP.

¡De mano airada!

MERC.

¡Qué escándalo!

PEP.

¡Sin igual!

MERC.

¡Pobre Julián!

PEP.

¡Suerte aciagal!

## ESCENA III

DOÑA MERCEDES, PEPITO y UN CRIADO

CRIA.

Don Ernesto.

MERC.

¡Y él se atreve!...

PEP.

¡Es osadía que pasma!

CRIA.

Yo pensé...

PEP.

Pensaste mal.

CRIA.

Viene sólo de pasada.  
Al cochero que traía,  
le dijo: «Ya salgo: aguarda.»  
De modo...

PEP.

(Consultando con su madre.)

¿Qué hacer?

MERC.

Que pase.

PEP.

(Sale el Criado.)

MERC.

Yo le despido.

MERC.

Con maña.

## ESCENA IV

DOÑA MERCEDES y PEPITO; ERNESTO por el fondo. Doña Mercedes sentada en la butaca; al otro lado, en pie, Pepito; en segundo término Ernesto, sin que nadie se vuelva á saludarle

ERN.

(Aparte.)

¡Desdén: silencio hostil: asombro mudo!

¡Prodigio de maldad y de insolencia

seré desde hoy sin culpa que me manche!...

¡para todos!... ¡que todos me desprecian!

PEP.

Escucha, Ernesto.

(Volviéndose hacia él y con acento duro.)

ERN.

¿Qué?

PEP.

(Lo mismo.)

Quiero decirte...

ERN.

¿Que salga acaso?

PEP.

(Cambiando de tono.) ¡Yo! ¡Jesús, qué ideal!...

Era... no más... que preguntar... si es cierto...

(Como buscando algo que decir.)

que después... al Vizconde...

ERN. (Con voz sombría y bajando la cabeza.)  
Si.

PEP. ¿Tu diestra?...

ERN. Salí loco... bajaban... los detuve...  
subimos otra vez... cierro la puerta.  
Dos hombres... dos testigos... dos espadas...  
Después... no sé... dos hierros que se estre-  
chan... [sangre  
¡un grito!... ¡un golpe!... un ¡ay!... [que brota!...  
un asesino en pie... ¡y un hombre en tierra!  
¡Qué diablo! tiras bien. ¿Oye usted, madre?  
¡Más sangre aún!

PEP. Lo mereció Nebreda.

ERN. (Acercándose.)  
Mercedes, por piedad... una palabra!  
¿Don Julián?... ¿Don Julián?... Si usted su-  
[piera  
¿cuáles mi angustia!... mi dolor... ¿Qué dicen?  
MERC. Que la herida mortal dentro la lleva  
y más se encona cuanto más al lecho  
de muerte y de dolor usted se acerca.  
Salga usted de esta casa.

ERN. Quiero verle.

MERC. Salga usted pronto.

ERN. No.

PEP. ¡Tal insolencia!...

ERN. Es muy digna de mí. (A Pepito.)  
(A doña Mercedes con tono respetuoso.)  
Perdón, señora:  
soy como quieren los demás que sea.

MERC. ¡Por Dios, Ernesto!

ERN. Mire usted, Mercedes,  
cuando a un hombre cual yo se le atropella  
y sin razón se le declara infame,  
y al crimen se le obliga y se le lleva,  
la lucha es peligrosa... para todos;  
pero no para mí, que en lucha fiera  
con invisibles seres, he perdido  
honra, cariño, amor, y no me resta  
ya por perder más que girones tristes  
de insípida y monótona existencia.  
Sólo vine a saber si hay esperanza...

¡no más! ¡no más!... pues bien, ¿por qué me  
este consuelo? [niegan  
(Suplicando a doña Mercedes.)  
¡Una palabra!

MERC. Vamos...  
Dicen... que está mejor.

ERN. ¿Pero de veras?...

ERN. ¿No me engañan?... ¿Es cierto?... ¿Lo asegu-  
[ran?...

¡Usted es compasiva!... ¡Usted es buena!...  
¿Será verdad?... ¿será verdad, Dios mío?...  
¡Que se salve, Señor!... ¡que no se muera!  
¡que torne a ser feliz!... ¡que me perdone!  
¡que me abraze otra vez!... ¡que yo le vea!  
(Caen en el sillón próximo a la mesa, y oculta el rostro  
entre las manos sollozando. Pausa.)  
Si oye tu padre... si tu padre viene...  
(Se levanta doña Mercedes, y ella y Pepito se acercan  
a Ernesto.)  
¡Juicio!... ¡Valor!... (A Ernesto.)  
¡Que un hombre llanto vierta!

PEP. (Aparte.)  
(Estos seres nerviosos son terribles:  
¡lloran y matan por igual manera!)  
Si llanto vierto, si el sollozo acude  
a mi garganta en convulsión histérica,  
si débil soy, como mujer ó niño,  
no piensen que es por mí. ¡Por él! ¡por ella!  
por su dicha perdida: por su nombre,  
manchado para siempre: por la afrenta  
que a cambio de su amor y beneficios  
les dió... ¡no mi maldad! ¡mi suerte negra!  
¡Por eso lloro! y si el pasado triste  
con lágrimas ¡ay Dios! borrar pudiera,  
¡en lágrimas mi sangre trocaría  
sin dejar una gota por mis venas!  
¡Silencio por piedad!

MERC. Luego más tarde  
hablaremos de llantos y tristezas.

PEP. Si todos hablan hoy, ¿por qué nosotros  
no hemos de hablar también? La villa entera  
es hervidero y torbellino móvil  
que llama, absorbe, atrae, devora, anega,

tres honras, y tres nombres, y tres seres,  
y entre espumas de risa se los lleva,  
por canalizos de miseria humana,  
al abismo social de la vergüenza,  
y en él hunde por siempre de los tristes  
el porvenir, la fama y la conciencia.  
Más bajo, Ernesto.

MERC.  
ERN.

No: si ya son voces,  
si murmullos no son: ¡si el aire atruenan!  
Ya nadie ignora el trágico suceso,  
mas cada cual lo dice á su manera.  
Todo se sabe siempre, ¡gran prodigio!  
mas nunca la verdad, ¡suerte funesta!  
(Ernesto en pie, á su lado, y mostrando interés por saber lo que corre por la villa, doña Mercedes y Pepito.)  
*Los unos*, que en mi casa sorprendida  
Teodora por su esposo, yo con ciega  
furia le arremetí, y al noble pecho  
infame hierro le asestó mi diestra.  
*Los otros*, mis amigos por lo visto,  
de asesino vulgar al fin me elevan  
á más noble región: yo le di muerte,  
pero en lucha leal... ¡un duelo en regla!  
*Hay*, sin embargo, quien la historia sabe  
con más exactitud, y *ese* ya cuenta  
que tomó don Julián mi vez y puesto  
en el pactado lance con Nebreda.  
¡Llegué tardel... por cálculo ó pavora,  
ó porque en brazos... ¡No! mis labios quemara  
la frase impura, y mi cerebro loco  
es todo llamas que volcán semejan.  
¡Buscad lo que más mancha: lo más bajo,  
lo más infame, lo que más subleva,  
lodos del corazón, cienos del alma,  
escoria vil de miserables conciencias,  
echadlo al viento, que las calles cruza,  
con ello salpicad labios y lenguas,  
y la historia tendréis de este suceso,  
y encontraréis en ella lo que resta  
de dos hombres de honor y de una dama  
cuando sus honras por la villa ruedan!  
Es triste, no lo niego; pero acaso  
no todo es culpa en la opinión ajena.

MERC.

PEP.  
ERN.  
PEP.  
ERN.

Fué Teodora á tu casa... en ella estaba...  
Para evitar el duelo con Nebreda.  
¿Pues por qué se ocultó?

PEP.

Porque temimos  
que fuese mal juzgada su presencia.  
La explicación es fácil y sencilla:  
lo difícil, Ernesto, es que la crean;  
porque hay otra más fácil y más llana...  
¡Y que de-honra más! ¡y esa es la buena!

ERN.  
PEP.

Pues concede que al menos en Teodora  
si malicia no fué, fué ligereza.

ERN.

¡El delito es prudente y cauteloso!  
¡en cambio, qué imprudente la inocencia!

PEP.

Pues mira, sólo hay ángeles y santos:  
como apliques á todos esa regla...

ERN.

Y bien, tienes razón: tales calumnias  
¿qué importan, ni qué valen, ni qué pesan?  
¡Lo horrible es que se mancha el pensa-  
[miento

al ruin contacto de la ruin idea!  
Que á fuerza de pensar en el delito,  
llega á ser familiar á la conciencia.  
Que se ve repugnante y espantoso...  
*¡pero se ve!*... ¡de noche en la tiniebla!  
¡Estó sí!...

(Aparte.)

(¿Pero qué?... ¿Por qué me escuchan  
con curiosa mirada y faz suspensa?)

(En voz alta.)

Yo soy quien soy; mi nombre es nombre  
[honrado:

si sólo por mentir maté á Nebreda,  
¿por trocar en verdaderas sus calumnias  
yo, conmigo culpable, que no hiciera?

PEP.

(¡Y negaba!... Si es claro.) (Aparte á Mercedes.)

MERC.

(Aparte á Pepito.)

(Hay extravío.)

PEP.

(Lo que hay en puridad es que confiesa.)

MERC.

(En alta voz.)

Retírese usted, Ernesto.

ERN.

No es posible.

Si yo esta noche lejos estuviera  
de aquel lecho... señora, perdería  
¡el juicio!... ¡la razón!

MERC. ¿Pero si llega Severo, y si le ve?

ERN. ¿Y qué me importa? El es hombre leal... ¡mejor!... ¡que venga! Huye quien teme, y teme quien engaña, y no es fácil que yo ni huya ni tema.

PEP. Pues se acercan. (Después de escuchar.)

MERC. ¡Es él!

PEP. (Vendo al fondo.) No es él. Teodora.

ERN. ¡Es Teodora!... ¡Teodora!... ¡Quiero verla!

MERC. ¡Ernesto! (Con severidad.)

PEP. ¡Ernesto!

ERN. Sí... para pedirle que me perdona.

MERC. ¿Usted no considera?...

ERN. Lo considero todo y lo comprendo. ¿Juntos los dos? ¡Ah! no. Basta: no teman. ¡Dar por ella mi sangre, dar mi vida, mi porvenir, mi honor y mi conciencia!... pero ¿vernos? jamás: ya no es posible. ¡Vapor de sangre entre los dos se eleva! (Sale por la izquierda.)

## ESCENA V

DOÑA MERCEDES Y PEPITO

MERC. Déjame a solas con ella. Vete con tu padre adentro. Quiero llegar hasta el centro de su corazón. Y mella le han de hacer, lo sé de sobra, mis palabras.

PEP. Pues las dos os quedáis.

MERC. Adiós.

PEP. Adiós. (Sale por la derecha, segundo término.)

MERC. Pongamos mi plan por obra.

## ESCENA VI

TEODORA y DOÑA MERCEDES. Teodora entra tímidamente, se detiene junto a la puerta de don Julián (segundo término derecha) y escucha con ansia, ahogando con el pañuelo sus sollozos

MERC. Teodora...

TEOD. ¿Bres tú?.. (Viniendo a su encuentro.)

MERC. Valor.

TEOD. Con llorar, ¿qué se consigue? ¿Cómo sigue?... ¿cómo sigue? ¡La verdad!

MERC. Mucho mejor.

TEOD. ¿Se salvará?

MERC. Ya lo creo.

TEOD. ¡Mi vida por él, Dios mío!

MERC. (La trae cariñosamente al primer término.) Y después... después confío en tu juicio... que harlo veo, por tu llanto y tu ansiedad, tu arrepentimiento.

TEOD. Sí: (Doña Mercedes asiente y parece sospechosa.) hice muy mal ¡ay, de mí! en ir a verle, es verdad. (Desagrado de doña Mercedes al ver que no es la clase de arrepentimiento que creía.) Pero anoche me dijiste lo del insulto y el duelo... Yo te agradezco ese celo, aunque el daño que me hiciste no lo puedes sospechar, ni explicártelo sabría: ¡ay qué noche, madre mía! (Cruzando las manos y mirando al cielo.) ¡qué gemir, qué delirar! ¡De mi Julián los enojos!... ¡el escándalo!... ¡la afrenta!... ¡la sangre!... ¡la lid violenta!... ¡todo pasó ante mis ojos!

Y también el pobre Ernesto,  
muriendo tal vez por mí...

¿Por qué me miras así?

¿Pero qué mal hay en esto?

¿Es que no estás convencida?

¿Piensas como los demás?

MERC. (con tono seco.) Pienso que estaba de más  
que temieses por la vida  
de ese joven.

TEOD. No. ¡Nebreda  
es famoso espadachín!  
Ya ves... mi Julián...

MERC. Al fin  
tu Julián vengado queda,  
y el espadachín tendido  
de un golpe en el corazón;  
de suerte que sin razón...  
has dudado y has temido.

(Con intención y dureza.)

TEOD. ¿Y fué Ernesto? (Con interés.)

MERC. Ernesto, sí.

TEOD. ¡Al Vizconde!

MERC. Frente á frente

TEOD. (sin poder dominarse)

¡Ah! ¡qué noble y qué valiente!

MERC. ¡Teodora!

TEOD. ¿Qué quieres? di.

MERC. (Con severidad.)

Te adivino el pensamiento.

TEOD. ¿Mi pensamiento?

MERC. Sí.

TEOD. ¿Cuál?

MERC. ¡Bien lo sabes!

TEOD. Hice mal  
al demostrar mi contento  
por ver á Julián vengado:  
mas del alma impulso ha sido  
que refrenar no he podido.

MERC. No es eso lo que has pensado.

TEOD. ¿Pero tú lo has de saber  
mejor que yo misma?

MERC. (Con profunda intención.) Mira,  
cuando mucho el alma admira,

va camino del querer.

TEOD. ¿Que yo admiro?

MERC. La bravura

de ese mozo.

TEOD. ¡Su nobleza!

MERC. Da lo mismo, así se empieza.

TEOD. ¡Eso es delirio!

MERC. ¡Es locura!

pero en tí...

TEOD. ¡No cedel... ¡no!...

¡Siempre esa idea maldita!...

¡Lástima inmensa; infinita!

eso es lo que siento yo.

MERC. ¿Por quién?

TEOD. ¿Por quién ha de ser?

Por Julián.

MERC. ¿Nunca has oído

que van lástima y olvido

á la par en la mujer?

TEOD. ¡Calla, por Dios!... ¡por piedad!

MERC. Quiero alumbrar tu conciencia

con la voz de mi experiencia

y la luz de la verdad. (Pausa.)

TEOD. Te escucho, y al escucharte,

no mi madre, no mi hermana,

no mi amiga, me parece,

tal me suenan tus palabras,

que Satanás por tus labios

aconseja, inspira y habla.

¿Por qué quieres convencerme,

que mengua, y mengua en el alma,

el cariño de mi esposo,

y que en ella impuro se alza

otro cariño rival

con fuego que quema y mancha?

¡Si yo quiero como quise!

Si yo diera, hasta agotarla,

toda la sangre que corre

por mis venas y me abrasa,

por sólo un punto de vida.

(Señalando hacia el cuarto de don Julián.)

de aquel de quien me separan.

Si yo entraría ahora mismo

si tu esposo me dejara,  
y en mis brazos á Julián,  
inundándole de lágrimas,  
con cariño tan entero  
y tal pasión estrechara,  
que se fundieran sus dudas  
al calor de nuestras almas!  
¿Y porque á Julián adora  
he de aborrecer ingrata  
al que noble, generoso,  
por mi su vida arriesgaba?  
¿Y no aborrecerle es ya...  
amarle? ¡Jesús me valga!...  
Tales cosas piensa el mundo,  
oigo historias tan extrañas,  
tan tristes sucesos miro,  
tales calumnias me amagan,  
que á veces dudo de mi  
y me pregunto espantada:  
¿seré lo que dicen todos?  
¿llevaré pasión bastarda  
en el fondo de mi ser,  
quemándome las entrañas,  
y sin saberlo yo misma,  
en hora triste y menguada,  
por potencias y sentido  
brotará la infame llama?  
¿Luego me dices verdad?  
¡Si digo verdad!...

MERC.

TEOD.

MERC.

TEOD.

¿No le amas?  
¡Mira, Mercedes, que yo  
no sé cómo te persuada!  
¡Tal pregunta en otro tiempo  
la sangre me sublevaba,  
y ahora, ya lo ves, discuto  
si soy ó no soy honrada!  
¿Es esto serlo de veras?  
¿es serlo con toda el alma?  
¡No! ¡sufrir la humillación  
es ser digna de la mancha!  
(Se oculta el rostro entre las manos y cae en la butaca  
de la derecha.)

MERC.

No llores: vamos, te creo.

No llores, Teodora... basta.  
No más. Ya sólo te digo,  
y concluyo, una palabra.  
Ernesto no es lo que crees:  
no merece tu confianza.  
Es bueno, Mercedes.

TEOD.

MERC.

TEOD.

MERC.

TEOD.

MERC.

No.  
Quiere á mi Julián.

Le engaña.

¡Otra vez!... ¡Jesús mil veces!  
No digo que tú escucharas  
su pasión: tan sólo digo...  
digo tan sólo *que te ama*.

TEOD.

MERC.

¿El á mí? (Con asombro y levantándose.)

¡Lo saben todos!

¡Hace poco, en esta sala,  
delante de mí, de mi hijo...  
ya ves tú!...

TEOD.

(Con ansia.) Y bien, acaba.

MERC.

¿Qué?

¡Que confesó de plano!  
¡Y con frase arrebatada  
juró que por tí daría  
vida, honor, conciencia y alma!  
¡Y al llegar tú, quiso verte,  
y sólo á fuerza de instancias  
conseguí que se marchase  
adentro! Y estoy en ascuas  
por si le encuentra Severo  
y sus enojos estallan.  
Y ahora, ¿qué dices?

(A pesar suyo, ha seguido esta relación con una mezcla  
extraña de interés, asombro y terror, algo indefinible.)

TEOD.

¡Dios mío!

¡será verdad tanta infamia!  
¡Y yo que por él sentía!...  
¡Y yo que le profesaba  
cariño tan verdadero!...

MERC.

TEOD.

¿Otra vez lloras?  
¡El alma  
no ha de llorar desengaños  
de esta vida desgraciada!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

Un ser tan noble, tan puro...  
ver cómo se hunde y se mancha...  
Y dices que está allí dentro...  
¡él!... ¡Ernesto!... ¡Virgen santa!  
Mira, Mercedes... Mercedes...  
¡que se aleje de esta casa!

MERC. Eso quiero yo también,  
y tu energía me agrada. (Con verdadero gozo.)  
¡Perdóname!... ¡que ahora creol...  
(Abrazándola con efusión.)

TEOD. ¿Y antes no?  
(La actriz dará a esta frase toda la intención que el autor ha querido que tenga.)

MERC. Silencio... calla...  
él se acerca.

TEOD. (Con ímpetu.) ¡No he de verle!  
Dile tú... ¡Julian me aguarda!  
(Dirigiéndose a la derecha.)

MERC. (Deteniéndola.)  
Imposible... ya lo sabes...  
y él mis órdenes no acata.  
Y ahora que conozco a fondo  
tus sentimientos, me agrada  
que encuentre el desprecio en tí  
que antes halló en mis palabras.

TEOD. ¡Déjame!

ERN. (Deteniéndose al entrar.)

¡Teodora!...

MERC. (Aparte a Teodora.) (Es tarde.  
Cumple tu deber y basta.)  
(En voz alta a Ernesto.)

El mandato que hace poco  
de mis labios escuchaba,  
va a repetirlo Teodora,  
como dueña de esta casa.

TEOD. (En voz baja a Mercedes.)  
(No me dejes.)

MERC. (Lo mismo a Teodora.) (¿Temes algo?)

TEOD. (¡Yo temer!... No temo nada.)

(Le hace señal de que salga.—Sale Mercedes por la derecha, segundo término.)

## ESCENA VII

TEODORA y ERNESTO

ERN. Que saliese... fué el mandato.  
(Pausa. Los dos guardan silencio y no se atreven a mirarse.)

¿Y usted... lo repite ahora?

(Teodora hace una señal afirmativa, pero sin fijar la vista en él.)

Pues no tema usted, Teodora:  
yo lo cumplo y yo lo acato.

(Triste y respetuoso.)

¡Los demás no hallarán modo  
de obediencia, aunque les pese!

(Con dureza.)

De usted... aunque me ofendiese...  
de usted... yo lo sufro todo.

(Con sumisión.)

TEOD. ¡Ofenderle, Ernesto!... No.

¿Cree usted que yo..?

(Sin mirarle, contrariada y temerosa.)

ERN. No lo creo.

(Nueva pausa.)

TEOD. Adiós... su dicho deseo.

(sin volverse ni mirarlo.)

ERN. Adiós, Teodora.

(Se detiene un momento; pero Teodora no se vuelve, ni fija en él los ojos, ni le tiende la mano. Al fin se aleja. Después de llegar al fondo, vuelve y se acerca a ella. Teodora le siente venir y se estremece, pero no dirige a él la vista.)

Si yo

todo el mal que, á mi pesar,  
por mi maldecida suerte,  
le he causado, con mi muerte  
ahora pudiese borrar,  
bien pronto no quedaría,  
lo juro como hombre honrado,  
ni una sombra del pasado,  
ni un suspiro de agonía,

ni esa triste palidez,  
(Teodora levanta la cabeza y le mira con profundo terror.)

ni esa mirada que espanta,  
ni un sollozo en su garganta,  
(Teodora ahoga, en efecto, un sollozo.)  
ni una lagrima en su tez.

TEOD. (Aparte, alejándose de Ernesto.)  
¡Mercedes dijo verdad!...  
y yo ciega, inadvertida...)

ERN. Un adiós de despedida,  
uno sólo, ¡por piedad!

TEOD. Adiós... sí... yo le perdono  
el mal que nos hizo.

ERN. ¡Que hice!

¡Yo, Teodora!

TEOD. Usted lo dice.

ERN. ¡Esa mirada!... ¡Ese tono!...

TEOD. ¡No más, Ernesto, por Dios!

ERN. ¿Qué hice yo que mereciera?...

TEOD. Como si yo no existiera:  
todo acabó entre los dos.

ERN. ¡Ese acento!... ¡Ese desdén!...

TEOD. (Con dureza y extendiendo el brazo hacia la puerta.)  
¡Salga usted!

ERN. ¡Que salga... así!

TEOD. ¡Mi esposo se muere allí...  
y aquí me muero también!...

(Vacila y tiene que apoyarse en el respaldo de la butaca para no caer.)

ERN. (Precipitándose para sostenerla.)

¡Teodora!

TEOD. (Rechazándole con energía.)

¡Tocarme, no!

¡Sola!

(Pausa. La actitud y las miradas de los actores, las que su talento les inspire.)

Ya el pecho se ensancha.

(Quiere dar unos pasos: de nuevo le faltan las fuerzas y de nuevo quiere sostenerla Ernesto. Ella lo rechaza y se aleja de él.)

ERN. ¿Por qué no?

TEOD. (Con dureza.) ¡Porque usted mancha!

ERN. ¿Que yo mancho?

TEOD. Cierto.

ERN. ¡Yo!

(Pausa.)

¿Pero qué dice, Dios mío?...

¡Ella también!... ¡Imposible!

¡Si la muerte es preferible!...

¡No es verdad!... ¡Yo desvarié!...

¡Diga usted que no, Teodora!

¡Una frase, por el cielo,

de perdón, ó de consuelo,

ó de lástima, señora!

¡Yo me resigno á partir

y á no verla á usted ya nunca,

aunque esto desgarrá y trunca

y mata mi porvenir!

Pero es si á mi soledad

me siguen, con su perdón,

su afecto, su estimación...

¡por lo menos su piedad!

¡Es creyendo que usted cree

que soy leal, que soy honrado,

que ni mancho, ni he manchado,

ni afrento, ni afrentaré!

¡Me importa poco del mundo,

desdén sus maldiciones,

y me inspiran sus pasiones

el desprecio más profundo!

Hiera terco, ó hiera cruel,

murmure de lo que fué,

nunca pensará de mí

todo lo que pienso de él!

¡Pero usted! ¡el ser más puro

que forjó la fantasía!

¡usted! ¡por quien yo daría

una y mil veces, lo juro,

y con ansia, con anhelo,

en esta insensata guerra,

no ya mi vida en la tierra,

sino mi puesto en el cielo!

¡usted sospechar que yo

de traiciones soy capaz,

que no está el mal en mi faz!...

eso, Teodora... ¡eso, no!

- (Con profunda emoción, con angustia profundísima con acento desesperado.)  
(Con creciente ansiedad.)
- TEOD. ¡No me ha comprendido usted!  
Separémonos, Ernesto.
- ERN. ¡Así no es posible!...
- TEOD. ¡Presto!...  
¡se lo pido por merced!...  
Julían... sufre... (señalando hacia su cuarto.)
- ERN. Ya lo sé.
- TEOD. Pues no lo olvidemos.
- ERN. No.
- TEOD. ¡Pero también sufro yo!
- ERN. ¡Usted, Ernesto!... ¿por qué?
- TEOD. ¡Por su desprecio!
- ERN. No hay tal.
- TEOD. Usted lo dijo.
- ERN. Mentí.
- ERN. ¡No! Fué por algo; y así no sufrimos por igual. En este luchar eterno, en esta implacable guerra, él sufre como en la tierra, y yo como en el infierno.
- TEOD. ¡Por Dios!... ¡Se abrasa mi frente!
- ERN. ¡Se oprime mi corazón!
- TEOD. ¡Basta, Ernesto; compasión!
- ERN. ¡Eso pido solamente!
- TEOD. ¡Piedad!
- ERN. ¡Pues eso, piedad!  
De mí... ¿qué teme... ó qué piensa?  
(Acercándose á ella.)
- TEOD. Perdone usted si hubo ofensa...
- ERN. Ofensa, no. ¡La verdad!  
¡La verdad es lo que quiero!...  
¡Y la pido de rodillas,  
con el llanto en las mejillas!  
(Se inclina ante Teodora y le coge una mano. En este momento, en la puerta que corresponde al cuarto de don Julián, aparece don Severo y en ella se detiene.)
- SEV. (Aparte.)  
(¡Miserables!)
- TEOD. ¡Don Severo!

## ESCENA VIII

TEODORA, ERNESTO y DON SEVERO. Ernesto se separa hacia la izquierda; don Severo viene á colocarse entre él y Teodora.

- SEV. (A Ernesto, con ira reconcentrada y en voz baja para que no les oiga don Julián.)  
Por no encontrar ni frase ni palabra que mi cólera exprese y mi desprecio, habré de contentarme con decirle:  
¡Es usted un miserable!... ¡Salga presto!
- ERN. (to mismo.)  
Por respeto á Teodora y á esta casa, porque sufre quien sufre en aquel lecho, habré de contentarme, señor mío, con poner la respuesta... en el silencio.  
(Creyendo que sale y con cierta ironía.)  
Callar y obedecer es lo prudente.  
No me ha entendido usted: si no obedezco.  
¿Se queda usted?
- ERN. En tanto que Teodora  
no reitere el mandato, aquí me quedo.  
Iba á salir ha poco para siempre,  
y Dios ó Satanás me detuvieron.  
Vino usted, me arrojó, y á sus injurias, cual si fuesen conjuros del infierno, raíces senti brotar, que de mis plantas se agarraban firmísimas al suelo.
- SEV. Voy á probar llamando á los criados si á palos las arrancan.
- ERN. Pruebe.  
(Ernesto da un paso hacia don Severo con aire amenazador. Teodora se precipita entre los dos y le contiene.)
- TEOD. ¡Ernesto!  
(Volviéndose después con energía y dignidad hacia su cuñado.)  
Olvida usted, sin duda, que en mi casa mientras viva mi esposo, que es su dueño, para mandar aquí, los dos tan solo autoridad tenemos y derecho.

(A Ernesto con dulzura.)

No por él... por mi causa, por mi angustia...

(Ernesto no puede ocultar su alegría al ver que Teodora lo defiende.)

ERN. Teodora, ¿usted lo quiere?

TEOD. Se lo ruego.

(Ernesto se inclina respetuosamente y se dirige al fondo.)

SEV. ¡Me confunde y me asombra tu osadía, tanto... no, mucho más que la de Ernesto!

(Acercándose amenazador a Teodora. Ernesto, que ha dado unos pasos, se detiene; pero luego, haciendo un esfuerzo sobre sí mismo, sigue su camino.)

¡Alzar osas la frente, desdichada, y delante de mí! ¡La frente al suelo!

(Ernesto hace movimientos análogos a los anteriores pero más acentuados.)

Tú, tímida y cobarde, ¿cómo encuentras por defenderle enérgicos acentos?

¡Bien habla la pasión!

(Ernesto ya en el fondo se detiene.)

¡Pero tú olvidas que antes de echarle a él, supo Severo de esta casa arrojarte, que manchabas con sangre de Julián! ¿Para qué has vuelto?

(Cogiéndola brutalmente por un brazo, sujetándola con furor y acercándose más y más a ella.)

ERN. ¡Ah! ¡No es posible!... ¡No!...

(Se precipita entre Teodora y Severo y los separa.)

¡Suelta, villano!

SEV. ¡Otra vez!

ERN. ¡Otra vez!

SEV. ¡Vienes de nuevo!

ERN. Pues a Teodora tu insolencia ofende

(Desde este momento no es dueño de sí.)

y me siento con vida, ¿qué remedio?

¡Volver, volver, y castigar tu audacia

y llamarte cobarde á voz en cuello!

SEV. ¡A mí!

ERN. Sin duda.

TEOD. ¡No!

ERN. ¡Si él lo ha querido!

Si la mano le vi poner colérico

sobre usted, sobre usted!... (A Teodora.)

¡De esta manera!

(Coge violentamente á don Severo por un brazo.)

SEV. ¡Insolente!

ERN. ¡Es verdad; pero no suelto!

¿Tuvo usted madre? Sí. ¿La amaba mucho?

¿La respetaba aún más? ¡Pues así quiero

que respete á Teodora y que se humille

de esta mujer ante el dolor inmenso!

¡De esta mujer, más pura y más honrada

que su madre de usted, mal caballero!

¡A mí!... ¡Tal dice!

¡Sí, y aun no he concluído!

SEV.

ERN.

SEV. ¡Tu vida!...

ERN.

Si, mi vida; pero luego,

(Teodora quiere separarlo; pero él la aparta ducicamente con una mano sin soltar la otra.)

En un Dios creará usted: es necesario...

¡Un Hacedor!... ¡Una esperanza!... Bueno.

Pues como dobla sus rodillas torpes

ante el altar del Dios que está en los cielos,

ante Teodora han de doblarse, y pronto!

¡Abajo!... ¡Al polvo!

TEOD.

ERN.

¡Por piedad!

¡Al suelo!

(Le obliga á arrodillarse delante de Teodora.)

TEOD.

SEV.

ERN.

SEV.

ERN.

SEV.

ERN.

TEOD.

¡Basta, Ernesto!

¡Mil rayos!

¡A sus plantas!

¡Tú!

¡Yol

¡Por ella!

¡Sí!

¡No más!... ¡Silencio!

(Teodora, aterrada, señala hacia el cuarto de don Julián. Ernesto suelta su presa: don Severo se levanta y retrocede hacia la derecha. Teodora se lleva hacia el fondo á Ernesto. De este modo ella y él forman un grupo que se aleja.)

## ESCENA IX

TEODORA, ERNESTO y DON SEVERO; después, DON JULIÁN y DOÑA MERCEDES

JULIÁN ¡Déjame! (Desdo dentro.)  
 MERC. ¡No, por Dios!... (Lo mismo.)  
 JULIÁN ¡Son ellos... vamos!...  
 TEOD. ¡Salga usted!... (A Ernesto, llevándose.)  
 SEV. (A Ernesto.) ¡Mi venganza!  
 ERN. No la niego.  
 (En este momento se presenta don Julián, pálido, descompuesto, casi moribundo, y doña Mercedes contentándolo. Al presentarse él, don Severo está á la derecha, primer término, y Teodora y Ernesto formando un grupo en el fondo.)  
 JULIÁN ¡Juntos!... ¿Adónde van?... ¡Que los detengan!  
 ¡Huyen de mí!... ¡Traidores!  
 (Quiere precipitarse sobre ellos pero le faltan las fuerzas y vacila.)  
 SEV. ¡No!  
 JULIÁN ¡Severo, me engañaban!... ¡mentían!... ¡miserables!  
 (Mientras pronuncia estas palabras, entre doña Mercedes y don Severo le traen á la butaca de la derecha.)  
 ¡Allí!... ¡Mira! ¡Los dos.. ella y Ernesto!  
 ¿Por qué están juntos?  
 TEOD. }  
 ERN. } (se separan uno de otro.) ¡No!  
 JULIÁN ¿Por qué no vienen?  
 TEOD. ¡Teodora!...  
 (Tendiéndole los brazos, pero sin acercarse.)  
 ¡Mi Julián!...  
 JULIÁN ¡Sobre mi pecho!  
 (Teodora se precipita en los brazos de don Julián, que la estrecha fuertemente. Pausa.)  
 ¿Ya lo ves?... ¿ya lo ves?... ¡sé que me engañan!...  
 (A su hermano.) ¡y en mis brazos la oprimo y la sujeto!  
 ¡y puedo darle muerte!... ¡y la merecel...  
 ¡y la miro... la miro!... ¡y ya no puedo!...

TEOD. ¡Julián!...  
 JULIÁN ¿Y aquél?... (Señalando á Ernesto.)  
 ERN. ¡Señor!  
 JULIÁN ¡Y yo le amaba!...  
 Calla y acércate... (Ernesto se aproxima.)  
 (Sujetando á Teodora.) ¡Aún soy su dueño!  
 ¡Tuya!... ¡tuya!...  
 TEOD. ¡No finjas! ¡no me mientas!  
 JULIÁN ¡Por Dios santo!... (Procurando calmarle.)  
 MERC. ¡Julián!...  
 SEV. ¡Callad!... ¡silencio!  
 JULIÁN (A Teodora.)  
 ¡Si yo te adiviné!... ¡si sé que le amas!  
 (Teodora y Ernesto quieren protestar, pero no les deja.)  
 ¡Si lo sabe Madrid!... ¡Madrid entero!  
 ¡No, padre!  
 ERN. ¡No!  
 TEOD. ¡Lo niegan!... ¡y lo niegan!  
 JULIÁN ¡Si es la evidencia! ¡si en mí sér la siento!  
 ¡porque esta calentura que me abrasa,  
 con su llama ilumina mi cerebro!  
 ERN. ¡Del hervor de la sangre, del delirio,  
 todas esas ficciones son engendros!  
 JULIÁN ¡Escuche usted, señor!  
 ERN. ¡Vas á mentirme!  
 (señalando á Teodora.)  
 JULIÁN ¡Es inocente!  
 ERN. ¡No!... ¡si no te creo!...  
 JULIÁN ¡De mi padre, señor, por la memoria!...  
 ERN. ¡No profanes su nombre y su recuerdo!  
 JULIÁN ¡Por el último beso de mi madre!  
 ERN. ¡No está en tu frente ya su último beso!  
 JULIÁN Por cuanto quiera usted, ¡oh, padre mío!  
 ERN. ¡juraré, juraré.  
 JULIÁN No juramentos,  
 ni engañosas palabras, ni protestas...  
 ERN. Pues bien, ¿qué quiere usted?  
 TEOD. ¿Que quieres?  
 JULIÁN ¡Hechos!  
 ERN. ¿Qué desea, Teodora? ¿Qué nos pide?  
 TEOD. ¡Yo no lo sé!... ¿Qué hacer? ¿qué hacer, Ernesto?

JULIÁN (Que les ha seguido con mirada febril y con instintiva desconfianza.)

¡Ah! ¿Delante de mí buscáis engaños?...

¡Os concertais, infames!... ¡Lo estoy viendo!

¡Por la fiebre ve usted, no por los ojos!

ERN.  
JULIÁN

¡La fiebre, sí! ¡Como la fiebre es fuego,

la venda consumió que ante la vista

me pusisteis los dos, y al fin ya ve! ¡dores?

Y ahora, ¿por qué os mirais... por qué traí-

por qué brillan tus ojos? ¡Habla, Ernesto!

No es el brillo del llanto... Ven... Más cerca...

aún más...

(Le obliga á acercarse; le hace bajar la cabeza y al

fin viene á caer de rodillas ante él. De este modo queda don Julián entre Teodora, que está á su lado, y

Ernesto que está á sus pies. En esta actitud le pasa la mano por los ojos.)

¿Lo ves?... ¡no es llanto!... ¡si están

ERN.  
JULIÁN

¡Perdón!... ¡perdón!... [secos!

¡Pues si perdón me pides,

confiesas tu maldad!

ERN.  
JULIÁN

¡No!

ERN.  
JULIÁN

¡Sí!

¡No es eso!

JULIÁN  
SEV.  
MERC.

Pues cruzad ante mí vuestras miradas...

¡Julián!

¡Señor!

JULIÁN

(A Teodora y Ernesto.) ¿Acaso tenéis miedo?

¿No os amais como hermanos? ¡Pues pro-

badlo!

¡De las anchas pupilas á los cercos

salgan las almas y sus castas luces

en mi presencia mezclen sus reflejos,

que yo veré, porque veré de cerca,

si esos rayos de luz son luz ó fuego!

Tú, Teodora, también... si ha de ser... va-

¡Venid!... ¡los dos!... ¡aun más! [mos...]

(Hace caer ante él á Teodora, los aproxima á la fuerza y les obliga á mirarse)

TEOD.  
ERN.

(Separándose con un violento esfuerzo.)

¡Ah! ¡no!

(Procura desasirse, pero don Julián le sujeta.)

¡No puedo!

JULIÁN ¡Os amais!... ¡os amais! ¡claro lo he visto!

¡Tu vida! (A Ernesto.)

ERN.  
JULIÁN

¡Sí!  
¡Tu sangre!

ERN.  
JULIÁN

(sujetándole de rodillas.)  
¡Julián! (Contentándole.)

¡Toda!

¡Quieto!

TEOD.  
JULIÁN

¿Tú le defiendes?... ¿Le defiendes?..

TEOD.  
SEV.

¡Pero si no es por él!

¡Por Dios!...

¡Silencio!

JULIÁN

(A don Severo.)  
¡Mal hijo!... ¡mal hijo!

(sujetándole á sus pies.)

¡Padre mío!

ERN.  
JULIÁN

¡Desleal!... ¡Traidor! (La mismo.)

ERN.  
JULIÁN

¡No, padre!

Voy el sello

á ponerte de vil en la mejilla... ¡hoy con mi mano!... ¡pronto con mi acero!

(Con un resto de suprema energía se incorpora y le golpea en el rostro.)

ERN.

(Da un grito terrible, se levanta y se separa hacia la izquierda cubriéndose la cara.)

SEV.

¡Justicia!

TEOD.

(Extendiendo el brazo hacia Ernesto.)  
¡Jesús!

(Se oculta el rostro entre las manos y va á caer en una silla de la derecha.)

MERC.

¡Delirio ha sido!

(A Ernesto como disculpando á don Julián.)  
(Estos cuatro gritos, rapidísimos. Momentos de estupor. Don Julián siempre en pie y mirando á Ernesto. Doña Mercedes y don Severo contentándole.)

JULIÁN

¡Delirio, no; ¡castigo, vive el cielo!

¿Qué pensabas, ingrato?

Vamos... vamos...

MERC.  
SEV.  
JULIÁN

Ven, Julián...

¡Sí, ya voy!

(Se encamina penosamente hacia su cuarto sostenido por don Severo y doña Mercedes, pero deteniéndose algunas veces para mirar á Ernesto y Teodora.)

MERC.

¡Pronto, Severo!

JULIÁN ¡Míralos... los infames... fué justicia!  
¿no es verdad?... ¿no es verdad?... Yo así lo  
SEV. ¡Por Dios, Julián!... ¡Por mí! [creo.  
JULIÁN ¡Tú solo! ¡solo...  
me has querido en el mundo!...  
(Abrazándose.)  
SEV. ¡Yo, sí! ¡cierto!  
JULIÁN (sigue caminando: cerca de la puerta se detiene y otra  
vez los mira.)  
¡Y ella llora por él! ¡y no me sigue!...  
¡ni me mira! ¡ni ve... que yo me muero!...  
¡Me muero... sí!  
SEV. ¡Julián!...  
JULIÁN ¡Espera... espera!...  
(Deteniéndose en la misma puerta.)  
¡Deshonra por deshonra!... ¡Adiós, Ernesto!  
(Salen don Julián, don Severo y doña Mercedes por la  
derecha segundo término.)

## ESCENA X

TEODORA y ERNESTO. Ernesto cae en el sillón próximo a la mesa.  
Teodora continúa a la derecha. Pausa

ERN. (Aparte.) ¡De qué sirve la lealtad!  
TEOD. ¡De qué sirve la inocencia!  
ERN. ¡Se oscurece mi conciencia!  
TEOD. ¡Piedad, Dios mío, piedad!  
ERN. ¡Suerte fiera!  
TEOD. ¡Triste suerte!  
ERN. ¡Pobre niña!  
TEOD. ¡Pobre Ernestos!  
(Hasta aquí todos son apartes.)  
SEV. (Desde dentro: los que siguen son gritos de suprema  
angustia.)  
¡Hermano!  
MERC. ¡Socorro!  
PEP. ¡Prestos!  
(Ernesto y Teodora se levantan y se acercan uno a  
otro.)  
TEOD. ¡Gritos de dolor!...  
ERN. ¡De muertel..

TEOD. ¡Vamos pronto!  
ERN. ¿Dónde?  
TEOD. Allí.  
ERN. (Deteniéndola.) No podemos.  
TEOD. ¿Por qué no?  
ERN. ¡Yo quiero que viva! (con ansia.)  
(o mismo.) ¡Y yo!  
pero no puedo...  
(Señalando hacia el cuarto de don Julián.)  
TEOD. ¡Yo sí!  
(Precipitándose hacia allá.)

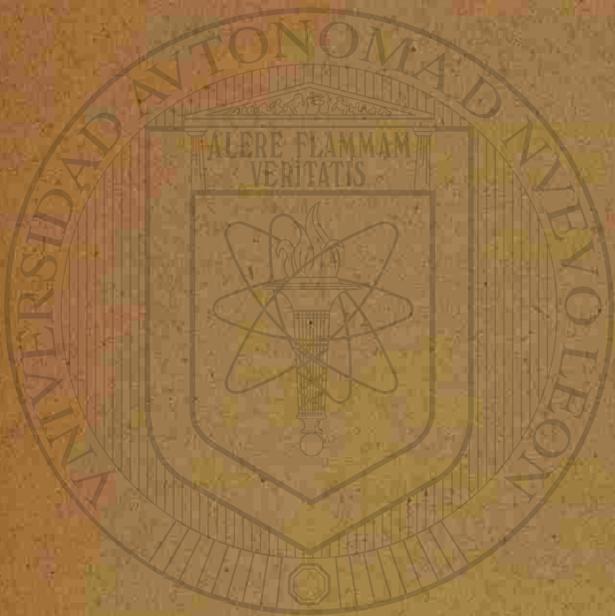
## ESCENA ULTIMA

TEODORA, ERNESTO, DON SEVERO y PEPITO. La disposición de  
los personajes es la siguiente: Ernesto, en pie en el centro. Teodora,  
en la puerta del cuarto de don Julián. Cerrándole el paso don Seve-  
ro, que sale un momento después que Pepito

PEP. ¿Dónde vas?  
TEOD. (Con desesperada ansiedad.) ¡Le quiero ver!  
PEP. ¡No es posible!  
SEV. ¡No se pasa!...  
¡Esa mujer en mi casa!...  
¡Pronto... arroja esa mujer!... (A su hijo.)  
¡Sin compasión!... ¡Al instante!  
ERN. ¿Qué dice?  
TEOD. ¡Yo desvarío!  
SEV. ¡Aunque tu madre, hijo mío,  
se ponga de ella delante,  
has de cumplir mi mandato!  
¡Aunque suplique!... ¡Aunque implore!  
Si llora... nada, ¡que llore!  
(A su hijo, con ira reconcentrada.)  
¡Lejos... lejos... ó la mato!  
¡Julián manda!...  
TEOD. ¡Julián, sí!  
SEV. ¡No puede ser!  
ERN. ¿Su esposo?...  
TEOD. ¡Verle!  
SEV. ¡Pues le vas á ver;  
y después... huye de aquí!

PEP. ¡Padre! (Como queriendo oponerse.)  
 SEV. Deja... (A Pepito, separándole.)  
 TEOD. ¡Si no es cierto!  
 PEP. ¡Si es horrible!  
 TEOD. ¡Si es mentiral  
 SEV. ¡Ven, Teodora... ven y mira!  
 (La coge por un brazo, la lleva á la puerta del cuarto de don Julián, levanta el cortinaje y señala el interior.)  
 TEOD. ¡El... ¡Julián!... ¡Mi Julián!.. ¡Muerto!...  
 (Dice esto retrocediendo en ademán trágico y cae desplomada en el centro.)  
 ERN. ¡Padre!  
 (Cubriéndose el rostro. Pausa: don Severo los contempla con mirada rencorosa.)  
 SEV. (A su hijo, señalando á Teodora.)  
 ¡Arrójala!  
 ERN. (Poniéndose delante del cuerpo de Teodora.)  
 ¡Cruel!  
 PEP. ¡Señor!... (Dudando.)  
 SEV. (A su hijo.) Es mi voluntad.  
 ¿Dudas?  
 ERN. ¡Piedad!  
 SEV. ¡Si, piedad!  
 ¡La que tuvo ella con él!  
 (Señalando hacia dentro.)  
 ERN. ¡Ah!... ¡Que mi sangre se inflama!  
 ¡Saldré de España!  
 SEV. No importa.  
 ERN. ¡Moriré!  
 SEV. La vida es corta.  
 ERN. ¡Por última vez!  
 SEV. No; llama. (A su hijo.)  
 ERN. ¡Que es inocente! ¡Lo digo  
 y lo juro!...  
 PEP. Padre... (Como intercediendo.)  
 SEV. (A su hijo, señalando con desprecio á Ernesto.)  
 Miente.  
 ERN. ¿Me arrojas á la corriente?  
 ¡Pues ya no lucho, la sigo!  
 Qué pensará... no presiento,  
 (señalando á Teodora.)  
 del mundo y de tus agravios,

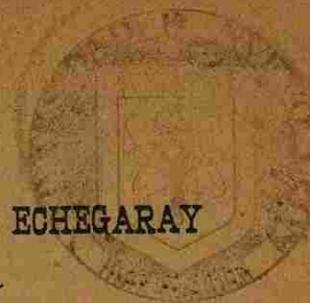
que mudos están sus labios,  
 y duerme su pensamiento.  
 Pero lo que pienso yo...  
 eso... ¡lo voy á decir!  
 SEV. ¡Inútil! No has de impedir  
 que yo mismo...  
 (Queriendo aproximarse á Teodora.)  
 PEP. (Conteniéndole.) Padre...  
 ERN. ¡No! (Pausa.)  
 Nadie se acerque á esta mujer; es mía.  
 Lo quiso el mundo; yo su fallo acepto.  
 El la trajo á mis brazos: ¡ven, Teodora!  
 (Levantándola y sosteniéndola entre sus brazos en este momento ó en el que el actor crea conveniente.)  
 ¡Tú la arrojas de aquí... Te obedecemos!  
 ¡Al fin!... ¡Infame!  
 SEV. ¡Miserable!  
 PEP. Todo.  
 ERN. ¡Y ahora tenéis razón! ¡Ahora confieso!  
 ¿Queréis pasión?... Pues bien, pasión, ¡delirio!  
 ¿Queréis amor?... Pues bien, ¡amor inmenso!  
 ¿Queréis aun más?... Pues más, ¡si no me es-  
 [panto!  
 ¡Vosotros á inventar!... ¡Yo á recogerlo!  
 ¡Y contadlo... contadlo!... ¡La noticia  
 de la heroica ciudad llene los ecos!  
 Mas si alguien os pregunta quién ha sido  
 de esta infamia el infame medicero,  
 respondedle: «¡Tú mismo, y lo ignorabas!  
 ¡Y contigo las lenguas de los necios!»  
 Ven, Teodora, la sombra de mi madre  
 posa en tu frente inmaculada un beso.  
 ¡Adiós!... ¡Me pertenece!... ¡Que en su día  
 á vosotros y á mí nos juzgue el cielo!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

## OBRAS DE D. JOSE ECHEGARAY



BIBLIOTECA

- El libro talonario*, comedia en un acto, original y en verso.  
*La esposa del vengador*, drama en tres actos original y en verso.  
*La última noche*, drama en tres actos y un epílogo original y en verso.  
*En el puño de la espada*, drama trágico en tres actos original y en verso.  
*Un sol que nace y un sol que muere*, comedia en un acto original y en verso.  
*Cómo empieza y cómo acaba*, drama trágico en tres actos, original y en verso. (Primera parte de una trilogía.)  
*El gladiador de Rávena*, tragedia en un acto y en verso. (Imitación.)  
*O locura ó santidad*, drama en tres actos original y en prosa.  
*Iris de paz*, comedia en un acto original y en verso.  
*Para tal culpa tal pena*, drama en dos actos original y en verso.  
*Lo que no puede decirse*, drama en tres actos original y en prosa. (Segunda parte de la trilogía.)  
*En el pilar y en la cruz*, drama en tres actos original y en verso.  
*Correr en pos de un ideal*, comedia original en tres actos y en verso.  
*Algunas veces aquí*, drama en tres actos y en prosa.  
*Morir por no despertar*, leyenda dramática original en un acto y en verso.  
*En el seno de la muerte*, leyenda trágica original en tres actos y en verso.  
*Bodas trágicas*, cuadro dramático del siglo XVI original en un acto y en verso.

*Mar sin orillas*, drama original en tres actos y en verso.  
*La muerte en los labios*, drama en tres actos y en prosa.  
*El gran Galeoto*, drama original en tres actos y en verso, precedido de un diálogo en prosa.  
*Haroldo el Normando*, leyenda trágica original en tres actos y en verso.  
*Los dos curiosos impertinentes*, drama en tres actos y en verso. (Tercera parte de la trilogía.)  
*Conflicto entre dos deberes*, drama en tres actos y en verso.  
*Un milagro en Egipto*, estudio trágico en tres actos y en verso.  
*Piensa mal... ¿y acertarás?* casi proverbio en tres actos y en verso.  
*La peste de Otranto*, drama original en tres actos y en verso.  
*Vida alegre y muerte triste*, drama original en tres actos y en verso.  
*El bandido Lisandro*, estudio dramático en tres cuadros y en prosa.  
*De mala raza*, drama en tres actos y en prosa.  
*Dos fanatismos*, drama en tres actos y en prosa.  
*El conde Lotario*, drama en un acto y en verso.  
*La realidad y el delirio*, drama en tres actos y en prosa.  
*El hijo de carne y el hijo de hierro*, drama en tres actos y en prosa.  
*Lo sublime en lo vulgar*, drama en tres actos y en verso.  
*Manantial que no se agota*, drama en tres actos y en verso.  
*Los rígidos*, drama en tres actos y en verso, precedido de un diálogo exposición en prosa.  
*Siempre en ridículo*, drama en tres actos y en prosa.  
*El prólogo de un drama*, drama en un acto y en verso.  
*Irene de Otranto*, ópera en tres actos y en verso.  
*Un crítico incipiente*, capricho cómico en tres actos y en prosa.  
*Comedia sin desenlace*, estudio cómico-político en tres actos y en prosa.  
*El hijo de Don Juan*, drama original, en tres actos y en prosa, inspirado por la lectura de la obra de Ibsen titulada *Gengangere*.  
*Sic vos non vobis ó la última limosna*, comedia rústica original en tres actos y en prosa.

*Mariana*, drama original en tres actos y un epílogo en prosa.  
*El poder de la impotencia*, drama en tres actos y en prosa.  
*A la orilla del mar*, comedia en tres actos y un epílogo en prosa.  
*La rencorosa*, comedia en tres actos y en prosa.  
*María-Rosa*, drama trágico de costumbres populares en tres actos y en prosa. (Traducción.)  
*Mancha que limpia*, drama trágico en cuatro actos y en prosa.  
*El primer acto de un drama*, cuadro dramático en verso.  
*El estigma*, drama en tres actos y en prosa.  
*La cantante callejera*, propósito lírico en un cuadro y en prosa.  
*Amor salvaje*, bosquejo dramático en tres actos original y en prosa.  
*Semíramis ó la hija del aire*, (refundición). Drama en tres jornadas y en verso.  
*Tierra baja*, drama en tres actos y en prosa. (Traducción.)  
*La calumnia por castigo*, drama en prosa en tres actos y un prólogo.  
*La duda*, drama original en tres actos y en prosa.  
*El hombre negro*, drama original, en tres actos y en prosa.  
*Silencio de muerte*, drama original en tres actos y en prosa.  
*El loco Dios*, drama original en cuatro actos y en prosa.  
*Malas herencias*, drama original en tres actos y en prosa.  
*La escalinata de un trono*, drama trágico original en cuatro actos y en verso.  
*La desequilibrada*, drama original en cuatro actos y en prosa.  
*A fuerza de arrastrarse*, farsa cómica, original, en un prólogo y tres actos, en prosa.

